

## **Tres semblanzas de socialistas chilenos**

### **ARAUCO N°69 octubre 1965**

#### **I**

En sus orígenes el Partido Socialista reunió, en su seno, a grandes masas de obreros, artesanos, campesinos, empleados y estudiantes, es decir, elementos de la clase obrera y de la pequeña burguesía. La mayor parte llegó a sus filas por espíritu de lucha y sentimientos idealistas, sin haber militado en otras agrupaciones. Pero una cuota importante procedía de otros organismos: del Partido Radical y del Partido Demócrata; de las huestes anarquistas y de las células comunistas; de las logias masónicas y de las iglesias evangélicas; ex militares, agitadores populares, mutualistas profesionales e intelectuales rebeldes. Era una masa abigarrada, tumultuosa e impaciente, aunque sin preparación teórica seria, resuelta a la acción y al combate. A causa de la composición social heterogénea y de la formación política democrática burguesa de muchos de sus militantes, el PS creció con algunas peligrosas contradicciones. No obstante el esfuerzo tenaz por darse una organización sólida y disciplinada y extender una sistemática labor de adoctrinamiento, orientada a fundir los componentes del partido en una poderosa unidad ideológica y política, a través de una asimilación correcta de los principios teóricos y programáticos del socialismo, imperó una apreciable tendencia al caudillismo. Importantes sectores partidarios se aglutinaron tras caudillos y no por la comprensión y respeto a los principios doctrinarios. Aquellos rasgos típicos del socialismo chileno explican que en sus cuadros se mezclaran elementos sociales dispares (obreros, campesinos, intelectuales, empleados y estudiantes), y de formación doctrinaria o espiritual distintas (anarquistas de fuertes tendencias libertarias; comunistas trotskistas de intransigentes concepciones marxistas; miembros de las logias masónicas de ideas espiritualistas y deístas; prosélitos de las diversas iglesias evangélicas de fervorosas creencias cristianas; unos partidarios de la lucha democrática por medio de la organización y educación de las masas; otros de la conquista revolucionaria empleando la violencia; algunos, experimentados conspiradores y entusiastas de los complots y golpes militares; muchos sinceramente enemigos de los viciados procedimientos electoralistas demo-burgueses; y otros encantados con las técnicas electorales, vibrando con los comicios). Incluso los adeptos al marxismo no lo entendían ni interpretaban de idéntico modo y así sus postulados eran esgrimidos para apoyar posiciones antagónicas o divergentes. La adhesión a la dialéctica daba la impresión frecuentemente, de serlo para justificar todas las actitudes y eliminar la responsabilidad ética, como prejuicio burgués. Tal vez en estos rasgos resida la explicación del avance torrencial del PS en su época revolucionaria inicial, de crítica y lucha con sentido mesiánico, y, a la vez, de su desintegración más tarde, durante un largo período de participación en el gobierno. Pero, de todos modos, en estos años primeros representó un papel decisivo en el desenvolvimiento político nacional.

Los defectos provenientes de la composición abigarrada y de las fallas constitucionales del partido se paliaban con las admirables condiciones humanas de la mayor parte de sus miembros: obreros del salitre y del carbón, del cobre y de la madera; de las diversas industrias y de los frigoríficos; ferroviarios y marítimos; de la construcción y de imprenta; empleados fiscales, semifiscales, municipales y particulares; pequeños industriales, agricultores modestos y colonos intrépidos; artesanos y operarios independientes; profesores y técnicos; profesionales e intelectuales; mujeres y jóvenes, todos reunían cualidades positivas de esfuerzo, empuje y eficiencia. Constituían las mejores fuerzas creadoras de la nacionalidad, entusiastas y devotos, unidos por la adhesión firme y abnegada a una doctrina, a un programa, a un ideal, a una esperanza: el socialismo. No todos lo comprendían en forma exacta y de manera uniforme, pero estaban de acuerdo en ciertos postulados básicos y se consideraban militantes, camaradas y hermanos, ligados por un común anhelo de justicia, por la solidaridad cotidiana en el trabajo partidario, por la resistencia decidida a un gobierno dictatorial y vejatorio, por el fervor en la lucha y en la propaganda y por la confianza en los dirigentes. La vida partidaria mejoraba a aquellos que poseían: algún vicio y, en general, a todos los elevaba por sobre sus flaquezas. La consigna de Grove: “No

queremos flojos, borrachos ni ladrones”, penetraba en todos los corazones y los enaltecía. Por eso, en los primeros años del socialismo, sus hombres, mujeres y jóvenes, dieron vida a un extraordinario movimiento político que gravitó de manera trastornante en la vida cívica nacional. Fraternidad, lealtad, franqueza, sentido del honor y espíritu de sacrificio, fueron los rasgos éticos de la conducta de los militantes; sinceridad política, devoción por el pueblo, y valentía en la acción, fueron las normas de la actividad del partido. De aquí el pronto y enorme crecimiento del PS hasta colocarse a la cabeza del movimiento popular y democrático.

## II

La fascinante personalidad de Marmaduke Grove se impuso arrolladora en los ámbitos del PS, los sobrepasó y llegó a introducirse hondamente en las vastas muchedumbres no politizadas. Para millares de ciudadanos, el socialismo se confundió con su persona y con su palabra.

Marmaduke Grove Vallejo nació en la legendaria ciudad minera de Copiapó, cuna de esforzados exploradores del desierto y de románticos políticos de avanzada. Desde muchacho se destacó por su espíritu altivo y orgulloso, a la vez que disciplinado y ejecutivo. Siguió la carrera de las armas y fue un militar de briosa actuación. Participó en el movimiento del 5 de septiembre de 1924, orientado a poner fin al parlamentarismo corrompido, causante de la esterilidad gubernativa; y en el del 23 de enero de 1925, lanzado a desmontar a los viejos generales que se habían aprovechado de las patrióticas intenciones de la juventud militar, ligándose de nuevo a los grandes politicastros de la oligarquía gobernante. Más tarde figuró entre los principales opositores a la tiranía del general Carlos Ibáñez del Campo y protagonizó la audaz aventura del “avión rojo”, (desde Argentina llegó en avión a la ciudad de Concepción con el objeto de ponerse al frente de un pronunciamiento contra la dictadura. Fracasó por la deserción de los comprometidos, siendo apresado y relegado a la lejana isla de Pascua). Caído el gobierno dictatorial se reincorporó al ejército y se le designó Comodoro del Aire. Ante la incapacidad de la administración de Juan Esteban Montero, encabezó la revolución popular del 4 de Junio de 1932. La consigna revolucionaria: “Pan, Techo y Abrigo para el Pueblo”, y la figura intrépida de Grove, resumieron ante las masas desposeídas la efímera experiencia socialista del 4-16 de junio de 1932.

A raíz del derrocamiento de la Junta Revolucionaria, Marmaduke Grove y Eugenio Matte fueron enviados a la isla de Pascua. Mientras permanecían allá, se realizaron las elecciones presidenciales de fines de 1932, en las cuales lucharon cuatro candidatos poderosos: Arturo Alessandri Palma, liberal-radical; Héctor Rodríguez de la Sotta, conservador; Enrique Zañartu Prieto, liberal agrario, y Marmaduke Grove, socialista. Aunque no pudo participar en su campaña dio la gran sorpresa al obtener la segunda mayoría, con 65.000 votos, colocándose en el primer lugar en las ciudades de Santiago y Valparaíso.

Desde 1932, el grito de “Grove” “Grove”... resonó en los diversos rincones de Chile como el sonoro mensaje de esperanza socialista y como la personificación del clamor de un pueblo siempre engañado y postergado. Vuelto al país, Grove tuvo una lúcida intervención en las gestiones para dar vida al Partido Socialista. Una vez fundado, el 19 de abril de 1933, se transformó en su más fervoroso propagandista. Alessandri lo encarceló y el pueblo de Santiago, bajo la consigna “De la cárcel al Senado”, lo llevó en forma abrumadora al Congreso, en reemplazo de Eugenio Matte H., fallecido el 11 de enero de 1934.

En el Senado se distinguió por su caballería, su franqueza y su valentía cívica, al denunciar el tartufismo político de los grandes personeros del régimen alessandrista. Como senador recorrió el país entero propagando la buena nueva del socialismo. Sus palabras claras, sencillas y valientes llegaban hasta el entendimiento y el corazón de los modestos ciudadanos y de los más humildes campesinos. Libró memorables compañías en los años del Blok de Izquierdas y del Frente Popular. Su generosa renuncia a su candidatura presidencial, en abril de 1938, hizo posible la unidad democrática en torno a Pedro Aguirre Cerda. Designado presidente del Frente Popular lo acompañó a lo largo del país, arengando a las vastas multitudes desvalidas; y su incansable y leal apoyo al abanderado radical posibilitó, en gran medida, su victoria.

Grove, en su calidad de líder del PS representó un papel decisivo en la expansión del socialismo en Chile y en la democratización nacional de los años de 1932 a 1942. Su gravitación personal alcanzó enormes proyecciones por su extraordinaria simpatía humana, resultante de una digna sencillez y de una natural cordialidad en el trato. Al mismo tiempo, de su persona emanaba una fuerte confianza proveniente de su probado valor personal y de su reconfortante optimismo. Su evidente generosidad y su nobleza espiritual le atrajeron innumerables adhesiones de los diversos sectores sociales y la más absoluta lealtad de las masas desheredadas. Por eso la personalidad de Grove se enraizó profundamente en el afecto del pueblo. Durante aquellos tiempos difíciles “Don Marma” fue el caudillo indiscutido de las clases trabajadoras chilenas.

Grove no era un doctrinario abstracto, ni un dialéctico; era un socialista idealista, generoso, y un hombre de acción, de gran coraje y de admirable abnegación partidaria, para quien el PS se confundía estrechamente con el pueblo. En uno de sus más ardorosos congresos confesó no haber leído las grandes obras de Marx, hecho explotado por sus opositores para presentarle como un político intuitivo, practicista y reformista. En verdad, Grove era un ciudadano de gran sensibilidad humana a quien repugnaban las injusticias de cualquier especie y en quien prendió la vocación política como el medio más adecuado para obtener la instalación de un régimen de justicia social, en el cual desaparecieran el abuso, la explotación y el desamparo, y se impusiera una auténtica democracia económica y política. En el fondo se mantuvo leal a su profesión de soldado, trasladándola del cuartel al campo social y político.

Su formación y disciplina militares las colocó al servicio de una verdadera cruzada por la redención del pueblo, expoliado por una oligarquía egoísta, y la liberación del país, avasallado por la intervención y rapiña del imperialismo extranjero.

En mis largas y frecuentes conversaciones con él, en mi condición de dirigente joven y admirador sincero de su personalidad y de su trayectoria, con inclinación preferente por el examen de los aspectos teóricos y de educación política del PS, pude tomar nota de muchas de sus ideas, propias de su concepción especial del socialismo y de su actitud crítica frente a las complicadas teorías marxistas. A su entender, la filosofía de la historia de Marx era imperfecta, unilateral, por considerar siempre los antagonismos económicos y políticos como conflictos de clases, en circunstancias que la mayoría de ellos han sido contiendas de razas y de naciones. Tal vez su formación militar le llevaba a tener en cuenta, ante todo, la fuerza poderosa del nacionalismo. En su opinión, el menosprecio de Marx por el nacionalismo daba la explicación de que su lema “proletarios de todos los países, uníos” no hubiera logrado encamar en los distintos proletariados.

Grove hacía notar que el pensador italiano Mazzini, con un sentido correcto, comprendió el poder y la significación del nacionalismo, a cuya fuerza no escapó ni siguiera la revolución bolchevique, a pesar de sus llamados al internacionalismo proletario, y si se consolidó lo fue por su exaltación, en la práctica, del nacionalismo ruso. Por eso, Stalin terminó por proclamar a la URSS “la patria del proletariado”. El comunismo soviético no se convirtió en sustituto ideológico, político y emocional del nacionalismo, sino en el instrumento al servicio de una nación, o de un imperio, la URSS. Así el antagonismo contemporáneo entre el capitalismo y el comunismo tomó la forma de un choque de naciones: Estados Unidos versus Unión Soviética. (Y en los días presentes, la anterior afirmación de la fuerza todopoderosa del nacionalismo se encuentra corroborada por el enfrentamiento de las dos grandes potencias comunistas, URSS-China, entre cuyas causas actúan con violencia los ingredientes raciales y nacionalistas).

Grove ligaba el socialismo a nuestra tradición histórica y republicana y subrayaba su finalidad esencial, al pretender la incorporación de todo el pueblo a la economía y al Estado, su mejoramiento material y cultural, como el más serio y adecuado intento de fortalecer la nacionalidad y de aumentar el poderío del país dándole plena soberanía económica y política. Al mismo tiempo colocaba el proceso chileno en estrecha relación con el movimiento de transformación y unidad de América Latina, de acuerdo con una posición de nacionalismo continental. Para Grove la misión fundamental del socialismo chileno era de

llevar a cabo con éxito la “segunda independencia nacional”, o sea, emancipar al país del atraso, de la miseria, y de la dependencia y explotación imperialistas.

Por otra parte, creía ver en los escritos de Marx una excesiva glorificación del trabajo manual y del proletariado en desmedro de la actividad intelectual y de la labor de los hombres de ciencias, de los técnicos y profesionales. En el avance del proceso económico son muy importantes los cambios en los métodos de producción, pero éstos, a su vez se originan por causas intelectuales, o sea, por los descubrimientos e invenciones científicos. Han sido los adelantos de las ciencias los generadores de la gran industria moderna. Por no haber destacado Marx las causas intelectuales del proceso económico y el papel decisivo de los científicos y técnicos, sus doctrinas no fueron acogidas favorablemente por aquellos importantes sectores sociales, a pesar de significar el socialismo una organización más científica de la industria y de la economía en general, para eliminar el caos y las contradicciones del sistema capitalista. En virtud de su observación expuesta, tampoco M. Grove encontraba acertada la afirmación marxista de la división tajante de la sociedad capitalista en burgueses y proletarios. El desarrollo social indicaba la constitución de una vasta clase intermedia formada por técnicos, científicos, profesionales y administradores, una verdadera clase media moderna, ejecutora de los trabajos más difíciles en las sociedades industriales y de gran responsabilidad en las sociedades atrasadas, compenetrada de su importancia y opuesta a aceptar cualquier subordinación al proletariado, porque éste no solo mantiene una actitud de encono hacia los ricos y explotadores, los burgueses, sino también de desconfianza y rechazo hacia los trabajadores intelectuales, los sectores medios. Por la razón indicada, Marmaduke Grove insistió siempre en señalar el carácter del PS como el de un conglomerado de trabajadores manuales e intelectuales, de clases obrera, campesina y pequeña burguesía. No lo aceptó nunca como partido exclusivamente proletario ni habló de la hegemonía obrera dentro del movimiento socialista.

Por otro lado, para M. Grove, las posiciones políticas, las ideas y opiniones de los individuos, no se basaban exclusivamente en causas económicas y luchas de clases, también eran manifestaciones de anhelos de bien general y resultados de la actividad de grandes personalidades. Creía en la trascendencia de los líderes, los “héroes”, de Carlyle, en el campo de la política como intérpretes de las aspiraciones e intereses de la sociedad, de la nación, en un momento determinado de su evolución.

Grove defendía con fervor y profunda fe el socialismo como ideal de superación humana; como eficiente régimen económico-social para eliminar las injusticias y desigualdades; como sistema de convivencia para impedir la amenaza a la libertad y la dignidad del hombre, tanto la proveniente del atraso y la miseria como la contenida en el avance prodigioso de las nuevas técnicas de producción tendientes a hacer del hombre un “robot”.

De acuerdo con sus lecturas y sus propias observaciones en los países europeos, para Grove, muchas de las previsiones de Marx no se habían cumplido, y de ahí su resistencia espontánea al dogmatismo y esquematismo marxistas de muchos de los dirigentes y militantes del PS. Por ejemplo, en los países capitalistas no se producía la proletarianización creciente de la sociedad, por cuanto la acción misma de la clase trabajadora y de los partidos socialistas obtenía una elevación constante de su nivel económico y social, hasta llegar a comprobarse un aburguesamiento de la clase obrera sostenido en el enriquecimiento gigantesco de esas sociedades industriales y, a causa del mismo fenómeno, entre la burguesía y el proletariado, se constituía una numerosa capa tecno burocrática, como una nueva clase media, de la mayor importancia social y económica; tampoco se advertía la posibilidad de la revolución

violenta en los países de mayor desarrollo en los cuales, según Marx, se desencadenaría por la creciente contradicción del desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción anticuadas. Las sociedades capitalistas demostraban una gran habilidad para reformarse y adaptarse a las nuevas condiciones, modernizándose y progresando en todo sentido. En cambio, la revolución estallaba en los países más atrasados y por motivos derivados de grandes guerras. En ellos el supuesto socialismo tomaba formas dictatoriales con un reforzamiento colosal del poder del Estado hasta señalarse como un retroceso político con respecto a los países demo-burgueses; y en la URSS, cuna de la revolución comunista, la socialización de los medios de producción no se tradujo en el debilitamiento del Estado y

la instauración de la democracia proletaria; se originó una economía de Estado, o capitalismo de Estado, fundamento de un monstruoso totalitarismo sin ninguna vinculación con los anhelos de libertad y justicia del socialismo. En los países industriales capitalistas por la actividad de las clases trabajadoras manuales e intelectuales, se transformaba el Estado en un organismo de servicio social, sobre una economía de bienestar, alejándose la amenaza de su derrocamiento revolucionario.

El pensamiento socialista de Grove, resultado de su natural idealismo social y de su generosidad individual, de su formación militar con su fuerte bagaje nacionalista, y de sus improvisadas y heterogéneas lecturas doctrinarias, animó su inmensa e incansable obra de agitación política populista durante dos decenios y alcanzó una profunda e inolvidable trascendencia en las grandes multitudes chilenas, ansiosas de justicia y de mejoramiento. Su posición doctrinaria tan particular se enfrentó con la de los marxistas ortodoxos y tal pugna se tradujo en uno de los factores posteriores de división y ruptura del socialismo, sobre todo a partir de la incorporación del PS en las labores de gobierno, con motivo de la victoria del Frente Popular, el 25 de octubre de 1938.

El “grovismo” tuvo una existencia real y poderosa. Ayudó al desarrollo del PS y, al mismo tiempo, lo limitó en su proceso de solidificación principista. Y, tal vez, en ese hecho encuentre su explicación otro fenómeno típico del PS, causante de muchas dificultades y trastornos en su vida interna. Mientras de un lado se constituyó un buen equipo de dirigentes capacitados y responsables, el cual mantendrá, la continuidad de la organización socialista, de otra parte, tanto en los planos directivos como en la base, predominará un gran apego a la acción política inmediata, practicista y, a menudo, con un fuerte descuido por los estudios teóricos, las discusiones de principios y el examen amplio y honesto de la realidad histórica y de los problemas nacionales. Se proclama revolucionario intransigente y desprecia la organización electoral, pero participa en las elecciones. A la par de su posición revolucionaria, surgen y coexisten, en su vida cotidiana, una innegable apetencia por los cargos de representación popular y una correspondiente mentalidad electorera. Ha sido una dualidad difícil de superar.

### III

Una de las figuras más interesantes de la política nacional es la de Eugenio Matte Hurtado. Irrumpió repentinamente en el primer plano de ella; conquistó de golpe un sitio preponderante y en el curso de un breve período, aunque trascendental, desempeñó un papel de considerable magnitud, señalándose por su extraordinaria capacidad intelectual y por su elevada moralidad cívica. Abogado distinguido y prominente miembro de la masonería, donde ocupó el cargo de Gran Maestre, a pesar de sus vinculaciones familiares y profesionales con la burguesía, abrazó con fervor y sinceridad la causa de los sectores oprimidos, poniendo a su servicio incondicional un alto idealismo y una brillante elocuencia, humana y desinteresada. Se dio a conocer con algunos editoriales y artículos valiosos en el diario “Crónica”, (1931-1932); encabezó la revolución socialista del 4 de junio de 1932, como su caudillo civil y, a fines del mismo año, el pueblo de Santiago lo eligió senador, con una mayoría impresionante, mientras permanecía confinado en la lejana isla de Pascua. A los treinta y siete años cayó consumido por las exigencias tremendas de su labor en pro de la redención social del pueblo chileno. En el desenvolvimiento político de nuestro país existen pocos casos de abnegación que puedan parangonarse al de Eugenio Matte Hurtado.

Eugenio Matte, desde fines de la dictadura de Carlos Ibáñez, trabajó para forjar un nuevo partido político, democrático y popular, como instrumento eficaz de las aspiraciones- de las clases desheredadas para Imponerlas en un nuevo tipo de gobierno. Con ese propósito fundó la “Nueva Acción Pública” (y cuyo programa expuso en el Senado en un extenso discurso, el 25 de enero de 1933, suscitando una larga polémica con los representantes de los partidos tradicionales), y como su representante más calificado participó en el golpe revolucionario del 4 de junio e integró la Junta de Gobierno hasta el 16 del mismo mes. Derrocada por un estallido militar reaccionario, fue relegado a la isla de Pascua, donde se le mantuvo hasta fines del año, cuando el pueblo de Santiago lo eligió senador con la primera mayoría.

Eugenio Matte se colocó en el primer sitio del Senado por su elocuencia magnífica y generosa. Demostró una versación profunda en todos los asuntos económico-sociales debatidos en aquella época, labrándose un prestigio sólido entre los diversos sectores políticos. Sus intervenciones fueron numerosas y brillantes. Para muchos se tradujo en asombro su notable desenvolvimiento en el Senado; en cambio, quienes lo conocían como periodista perspicaz en el diario “Crónica”; como dirigente político al frente de la NAP, y del gobierno del 4 de junio, no demostraron ninguna sorpresa. Sólo lo estimaron el resultado lógico de un talento superior. Durante el desempeño de su mandato senatorial no hubo asunto doctrinario, político y económico, de interés general, en el que no participara con elocuencia y versación.

Su palabra fácil y precisa, su desenvoltura personal, distinguida y resuelta, sus conocimientos amplios, se impusieron desde el primer día y le granjearon la admiración y el respeto de amigos y enemigos.

A comienzos de 1933, Eugenio Matte tuvo figuración destacada en las gestiones tendientes a fusionar los diversos grupos socialistas y democráticos surgidos desde mediados de 1931. La Nueva Acción Pública, la Acción Revolucionaria Socialista, el Partido Socialista Marxista, la Orden Socialista y el Partido Socialista Unificado eran grupos distintos, aunque todos orientados por una común finalidad socialista, de donde nació la aspiración de cohesionarlos en un gran partido socialista, verdadero cauce de los intereses de los trabajadores manuales e intelectuales de Chile. Esta legítima esperanza y la amenaza constante de la “dictadura legal” de Alessandri, lograron que el 19 de abril de 1933 se materializara tan legítimo anhelo.

A Eugenio Matte H., protegido por su inmunidad parlamentaria, le correspondió la pesada tarea de dirigir la nueva colectividad en sus primeros meses de vida, mientras numerosos dirigentes fueron encarcelados, relegados, o se ocultaron y actuaron clandestinamente, para escapar a las duras medidas represivas del gobierno.

Eugenio Matte al sustentar el ideal socialista tenía la profunda convicción de que sólo podría implantarse en Chile por la paulatina organización de un poderoso partido sobre la base de los sentimientos socialistas inculcados a las masas populares mediante una educación sistemática. Pero, aun en el poder, dada la estructura económica incipiente y heterogénea del país, no se podía pasar inmediatamente del régimen feudal-capitalista a un sistema socialista. Había necesidad de una larga etapa de transición. En el Senado, en diversas oportunidades, se dedicó a definir la doctrina socialista, a exponer su programa, y a señalar los abusos del capitalismo y su miseria económica y social. Y para él, el carácter superior del socialismo residía en su aspiración a establecer un régimen de justicia haciendo reinar la armonía y la fraternidad entre los hombres.

Al refutar a los enemigos del socialismo, negadores de la posibilidad de su instauración por falta de educación política, sostenía: “Nuestra educación política es mala, pero no porque estemos divididos en derecha, izquierda y vanguardia, sino por nuestro afán de personalizar, de empequeñecer los problemas confundiéndolos con hombres determinados, en vez de buscar, con mirada profunda de hombres de Estado, sus causas y sus remedios. Sí, falta sinceridad en nuestra vida política, sinceridad para sobreponerse a las pasiones, a los intereses y a los afectos de círculo y levantarse a la comprensión de las grandes cuestiones nacionales y humanas y resolverlas con verdadero espíritu de progreso y de justicia. Falta sinceridad para obtener que los vencedores se sobrepongan a la embriaguez del triunfo y no olviden que sólo la equidad y el respeto a los hombres y a las organizaciones pueden hacer respetable y duradero ese triunfo”.

Su criterio profundo lo llevaba a pensar que, en la situación angustiosa de Chile, sus problemas debían enfocarse con un plan de conjunto, como única forma de salvar la crisis y evitar otras: “Las graves crisis económicas de los pueblos no se pueden solucionar, no se han solucionado en ninguna parte, y no se solucionarán jamás, con meros parches, arreglos o componendas políticas, a los cuales, por desgracia, somos tan adictos en nuestro país”. Para Eugenio Matte, las grandes crisis se arreglan con soluciones económicas y si éstas no se logran, porque quienes tienen en sus manos el gobierno no las dan, “el pueblo fatalmente sabe encontrarlas”. Eugenio Matte recibió varios ataques, acusado de “ideólogo”, especialmente de parte de los radicales y conservadores. Al fundar su voto con motivo de la discusión de

las Facultades Extraordinarias, pedidas por Alessandri en abril de 1933, expresa que hay legislación suficiente para evitar, reprimir y sancionar cualquiera conspiración en potencia y refuta a un senador radical interesado defensor de ellas: “Yo que no he usufructuado nunca en mi vida y que me he valido de mi propio trabajo digno... que muchos de los defensores del proyecto son personas que sin títulos intelectuales ni morales propios, usufructúan del actual gobierno y, por eso, lo defienden”. Al contestar al senador Álamos Barros, quien había aludido a su persona, expresándose en forma despectiva de los ideólogos adictos a las ideas de renovación, porque las esgrimirían con el exclusivo propósito de engañar a las masas, dijo: “Creo que hay que ser un poco cauteloso para hacer estas apreciaciones porque si hay ideólogos que sustentan ideas o que han hecho promesas que algunos califican de falaces, también es muy cierto que hay partidos políticos que en sus programas han consagrado principios de carácter socialista revolucionario y que, a pesar de eso, no han dejado ni un solo instante de apoyar frenéticamente a los gobiernos reaccionarios y de opresión”. Cuando el senador Errázuriz encuentra normal la cesantía, le contesta: “Dentro del caos económico en que vivimos puede ser normal, señor Senador, pero en una organización consciente y racional no puede ser normal una barbaridad semejante”.

Eugenio Matte luchó con firmeza en contra de la expoliación imperialista y abogó por una amplia y democrática reforma agraria. Al exponer su pensamiento, en este respecto, lo hizo deplorando que “seamos países que, en lo económico, no hemos salido del período colonial y estamos sometidos al vasallaje de las grandes potencias industriales y financieras”. Asimismo comprendió la realidad agrícola de Chile al manifestar que “nuestra agricultura es débil, porque la propiedad de la tierra está en manos de unos pocos, al paso que los trabajadores, los verdaderos productores, ganan salarios reducidos y están ajenos a los beneficios y comodidades de la civilización. Aspiramos realizar la reforma agraria, inspirada en el propósito de obtener que no haya trabajadores sin tierra, ni tierra sin trabajadores”.

Al discutirse un proyecto autorizando al Banco Central para entregar créditos a varias instituciones de fomento de la producción, expresó: “Siento no haber podido participar en la discusión general de este proyecto, porque habría manifestado la idea de movilizar el crédito en cuanto fuera posible a fin de fomentar las industrias nacionales y de reducir al mínimo las emisiones de papel moneda, a fin de evitar el inconsiderado aumento del circulante con la consiguiente depreciación de la moneda y de la inevitable alza en el costo de la vida. La doctrina socialista consiste precisamente en evitar que el pueblo que tiene salarios y sueldos muy reducidos, esté costearo todas estas operaciones en un régimen económico en que el capitalista que usufructúa de estas medidas no sufre las consecuencias que ellas traen, y una de esas consecuencias es la depreciación de la moneda y el encarecimiento de la vida”.

Oscar Schnake Vergara, su compañero de lucha, dio este juicio del gran líder: “Era un hombre culto, de gran talento político, dotado de excelentes condiciones organizadoras... Era dinámico y un orador brillante: claro para exponer, convincente para argumentar y en medio de las discusiones se imponía su enorme serenidad, casi podría decir, la frialdad con que oía, razonaba y respondía. Había formado la NAP; logró organizar el 4 de junio, y después, desde el destierro, sus comunicaciones traían directivas a los que quedaban en el país trabajando por la causa del pueblo”.

Eugenio Matte Hurtado se destacó en su condición de socialista íntegro y digno. No transigió con los enemigos de la democracia y fue un opositor tenaz de la gestión reaccionaria del gobierno de Alessandri Ross. Su prestigio lo ganó en lucha abierta y franca, sin vacilaciones, contra un régimen injusto y un gobierno opresivo. Su recuerdo resplandece en la historia del socialismo chileno como un ejemplo de clarividencia doctrinaria, de lealtad al pueblo y de insobornable fidelidad a la revolución.

#### IV

El fallecimiento de Augusto Pinto provocó sincero pesar en el Partido Socialista, del cual era uno de sus fundadores; y en el mundo obrero, donde por su origen, sus largas y denodadas luchas como adepto inteligente y chispeante del credo libertario, y por su vastísima cultura, lograda en tenaz y paciente búsqueda, consiguió un sitio de excepción, de genuino líder, cuyo ejemplo influenció a varias generaciones de militantes.

Augusto Pinto, obrero y autodidacto, de formación doctrinaria anarquista y socialista, dotado de un extraordinario talento natural, se educó y formó en el taller y en la acción. Estudió, leyó, observó y militó con responsabilidad y profunda devoción. Convivió apasionadamente con todas las experiencias sociales, políticas y culturales a lo largo de sesenta años. Era un espíritu inquieto, abierto a las manifestaciones de la ciencia y de la lucha social; capaz de los mayores entusiasmos, fraterno y cordial, con un natural sello de cortesía y distinción. Por su espíritu selecto y su amplia sabiduría, por sus finos modales, por su vocabulario esmerado y por sus preocupaciones creadoras en el campo de las doctrinas filosóficas y políticas, del arte y de la literatura, pertenecía a esa reducida élite que, surgida de las distintas capas sociales, entra a constituir un estrato definido, con rasgos y perfiles propios, la “*intellegentzia*”. Y Augusto Pinto era un honesto y valiente miembro de la *intellegentzia* chilena defensora de la justicia, de la libertad y de la verdad. En el transcurso de medio siglo nunca desfalleció en la batalla dura, interminable y agotadora en defensa de aquellos valores permanentes y sin los cuales es imposible la existencia, el progreso y la paz. Antes de extinguirse su poderoso espíritu pudo repetir, como suyas, estas hermosas palabras de Albert Camus, uno de sus escritores favoritos, porque en estos años difíciles y turbios mantenía encendida la misma llama de sus convicciones: “lo único que puedo afirmar hoy públicamente, después de haber tomado parte durante veinte años en nuestra historia sangrienta, es que el valor supremo, el bien decisivo, por el que vale la pena vivir y luchar, sigue siendo la libertad”.

Otro glorioso miembro del movimiento obrero, en sus años iniciales, y también espíritu de selección, Alejandro Escobar Carvallo, quien casi nonagenario conserva intactas su lucidez mental y su generosidad de corazón, en unas interesantísimas memorias publicadas en la revista “Occidente” recuerda cómo, a influencia de la ideología de León Tolstoi, se constituyó en nuestro país, en 1903, una colonia tolstoyana, donde figuraron, además de Escobar Carvallo, tres obreros zapateros franceses: Aquiles Lemire, Alfonso Renoir y Francisco Robert; el pintor Benito Rebolledo Correa, (Premio Nacional de Arte en 1959); Temístocles Osses y Augusto Pinto, todos ellos con sus esposas e hijos. Era una comunidad fraternal; en las noches sus componentes charlaban sobre temas de arte y filosofía, y en los días festivos excursionaban por los campos vecinos. La colonia funcionó espléndidamente, creció con nuevos miembros y, durante dos años felices, puso una nota curiosa en el ambiente santiaguino. (Su ejemplo fue seguido por un grupo de intelectuales y artistas que, en 1905, bajo la dirección de Augusto Thompson, D’Halmar más tarde, dio vida a otra colonia similar en San Bernardo, y descrita por Fernando Santiván en su obra “Memorias de un tolstoyano”).

Augusto Pinto inició su vida militante en esa colonia tolstoyana movido por un ansia de perfeccionamiento espiritual y adhirió al credo anarquista. Su generación de pioneros en la educación del proletariado y en la formación de su conciencia de clase, presenta desde sus primeras actividades características notables: fraternidad en las formas diarias de existencia; nobleza y entusiasmo en el proceder; afán de perfeccionamiento individual y anhelo de saber; amplitud de criterio y de comprensión hacia la situación de los hermanos del trabajo. Sin duda ha sido una generación obrera sorprendente y no se ha vuelto a dar en el movimiento social más reciente.

Su esfuerzo en pro de la capacitación de las clases trabajadoras con el apoyo desinteresado y vibrante de numerosos elementos intelectuales de las clases acomodadas tuvo óptimos resultados. De acuerdo con el testimonio de Augusto Pinto en su homenaje a don Pedro Godoy, rendido en 1946, en la alborada de este siglo se produjo un desplazamiento de un grupo ideológico de las clases cultas del país hacia los proletarios. Entre otros los hermanos Parra Mége, Valentín Brandau, “el sabio”; Baldomero Lillo, “pequeño, enjuto de carnes, con la maldita enfermedad ya en el pecho, lo queríamos como nuestro Zola relatando en sus cuentos los sufrimientos del pueblo”; Augusto Thompson, el ex-marino Luis Ross Mujica, “de temperamento ardiente y generoso, tenía arrestos de caudillo con su cálida y vibrante voz”, y muchos más. Con ellos se fundó la primera Universidad Popular. En cuanto a los proletarios, algunos eran pequeños escritores u oradores, la mayoría del gremio de tipógrafos, como Manuel Montenegro, Nicolás Rodríguez, Agustín Saavedra. Sobre el ambiente reinante en los círculos obreros de la época rememoró Augusto Pinto: “no podré olvidar al bondadoso Pichard, el carpintero francés, que sin saber

leer ni escribir era uno de los propagandistas más estimados. Todo lo había aprendido conversando y haciéndose leer. Cuando Godoy nos tradujo de “El hombre que ríe” el discurso de Guenphalin, las lágrimas llenaban sus ojos azules. Del grupo “La Agitación” salieron algunos puritanos cuyas vidas no sería ocioso conocer. En el grupo “La Batalla” estaba el italiano Inocencio Lombardozzi. Con su rostro de niño, su voz tan bellamente timbrada y su oratoria lírica más de una vez hizo llorar a los hombres. Vivió una vida atormentada por la miseria y la persecución y murió en las sierras del Perú. Cavieres, él ferroviario, casi un santo, consumió sus energías en la propaganda hasta que la tuberculosis le trajo el reposo. No se pueden omitir los nombres de Magno Espinoza y Alejandro Escobar entre los precursores...”

Las más encontradas corrientes de pensamiento cruzaban el mundo obrero chileno de la época y el espíritu de crítica era activo y despiadado. La mayor influencia la ejercían pensadores como Bakunin, Kropotkin, Malatesta y Stirner, quien “descansaba al revés de Dios después de haberlo destruido todo”; escritores como Ibsen, Anatole France, Tolstoy, Zola, con sus “Cuatro Evangelios”, y también Marx, quien “había dejado en manos de los proletarios el más poderoso de los panfletos: “El Manifiesto Comunista”, y otras cosas oscuras que sirvieron a Lenin para el incendio bolchevique. Pero mi impresión es que las más altas cumbres del pensamiento miraban de un modo o de otro hacia la utopía libertaria”...

¿Cuáles eran las principales ideas del credo anarquista? Augusto Pinto las resume al trazar la silueta de don Pedro Godoy y al exponer su proceso de conversión al anarquismo. Escribe: “Pedro fue un militante resuelto, aunque silencioso y sin premura, como se me ocurre que serían esos constructores de las viejas catedrales... compartió las negociaciones del anarquismo, Dios, las religiones y el cortejo de supersticiones que la acompañan; el Estado, la ley y sus representantes, el legislador, el juez y el policía; la propiedad y el capitalismo con su ley de la concurrencia; la moral fundada en la revelación o en las nebulosidades de la metafísica; la sujeción de la mujer al hombre y todas las formas de esclavitud; el patriotismo con sus fronteras artificiales, sus vanidades y sus guerras, guardando él un hondo sentimiento de gratitud para este pueblo que le “hizo posible una vida elevada y le dio una Universidad”.

Los anarquistas pretendían conseguir el ennoblecimiento del individuo a través de un desarrollo moral constante, extrayendo de él todas sus cualidades de animal sociable. Al mismo tiempo, lograr la seguridad económica por medio de la organización de las actividades materiales del trabajo y la distribución de los bienes, suprimiendo la lucha de los intereses y basándose en las formas de cooperación del genio popular, que le permitieron al primitivo entrar en la Historia y avanzar hasta elevados grados de civilización sin la tutela del Estado. Por otra parte, la técnica ayudando al trabajo liberaría al obrero de la maldición bíblica; y la educación libre de dogmas favorecería el despertar de todas las aptitudes del individuo. En esta forma “la libertad seguirá siendo la condición permanente del progreso y la garantía del equilibrio en las relaciones humanas. La justicia y la igualdad como punto de partida para arribar a las excelsitudes del amor”.

El escritor José Santos González Vera ha descrito, con su finura acostumbrada, ese deseo de saber y el afán de formarse una personalidad en el elemento anarquista. En una de sus crónicas de “Babel” (número de mayo-junio de 1947), escribe: “Augusto Pinto llegó a ser el mejor zapatero santiaguino, fuera de consagrarse al estudio con pasión. Durante un año entero estudiaba geografía, al siguiente francés y así por espacio de decenios”. Pero, a la vez, ese conocimiento adquirido no era guardado en forma egoísta para sí; lo transmitía a innumerables discípulos y a la ciudadanía en general. El propio González Vera anota que la avanzada obrera era anarquista y en Santiago hubo una Universidad Popular, bajo el lema: “educación mutua y libre”, donde se estableció el primer contacto entre estudiantes y obreros. Como elementos más representativos estaban Pedro Godoy, entre los estudiantes, y Augusto Pinto, entre los obreros. La actividad de esta universidad; el movimiento antirreligioso, desatado a raíz de la visita de Monseñor Sibila; y la constitución de la Asamblea Obrera de la Alimentación Nacional, integrada por elementos obreros y estudiantes (de la I.W.W., FOCH, y FECH), se encuentran en la base profunda del vasto movimiento social y político del año 1920.

Augusto Pinto figuró entre los grandes dirigentes de la I.W.W y en su calidad de tal actuó con brillo en las inolvidables jornadas cívicas del año 20. Según el maestro y escritor Carlos Vicuña Fuentes, uno de los protagonistas principales de aquel movimiento, el campo obrero había dejado muy rezagado a los partidos políticos de avanzada. Sólo el Partido Radical contaba con una juventud idealista y generosa, pero se encontraba a una distancia astronómica de la gente que animaba las inquietudes del proletariado. Esta se componía de intelectuales ligados al proletariado y de obreros autodidactos de fuerte solidez doctrinaria. Figuras como las de Pedro Godoy, Pedro León Loyola, Juan Gandulfo, Javier Lagarrigue, Augusto Pinto, Laín Diez, Julio Rebosio, Luis E. Recabarren, Aquiles Lemire, y muchos otros, conferían una superioridad ideológica y cultural indiscutible al movimiento proletario frente al oportunismo electoralista y a la politiquería intrascendente de los llamados partidos históricos y al podrido sistema parlamentario. Esta capa de intelectuales proletarizados y de obreros de amplia cultura, fue la verdadera creadora del ambiente de renovación social y política del año 1920. Y en su seno Augusto Pinto destacó siempre sus excepcionales condiciones humanas e intelectuales.

A pesar del fracaso de aquel promisorio movimiento, de la esterilidad del gobierno de Alessandri y de la dura tiranía de los militares, Augusto Pinto no desesperó ni perdió su fe libertaria. Se mantuvo sereno en medio del caos, pero entró a revisar su actitud anarquista en favor de una acción política constructiva.

Al caer derribada la dictadura de Carlos Ibáñez se preocupó de ayudar a la creación de un organismo nuevo, combativo, de composición social amplia, orientado por la filosofía socialista, entendida como un humanismo revolucionario, a cuya sombra se unieran los obreros, estudiantes e intelectuales para cambiar el régimen y dar vida a una sociedad igualitaria y libre. Augusto Pinto, Eugenio González Rojas, Oscar Schnake Vergara, Julio E. Valiente y otros ciudadanos, constituyeron la ARS, (Acción Revolucionaria Socialista), para cumplir aquellos propósitos. En seguida, ante la existencia de diversos grupos políticos con idénticos fines, la ARS impulsó su unidad en un gran partido revolucionario de trabajadores manuales e intelectuales, con organización moderna y un programa realista, estrechamente conectado con las necesidades y urgencias nacionales. De ahí nació el Partido Socialista, el 19 de abril de 1933.

Augusto Pinto fue uno de sus fundadores, como integrante de la delegación de la ARS y, al mismo tiempo, pasó a ser un dinámico dirigente del nuevo partido. No abdicó de sus principios filosóficos anarquistas y, precisamente, en julio de 1933, redactó una síntesis de la concepción libertaria, tal como la entendía de acuerdo con sus numerosas lecturas. Según Augusto Pinto, el anarquismo es una doctrina social que abraza al hombre en todas sus manifestaciones: económicas y morales, individuales y sociales: “parte del individuo, en el cual mide y juzga las reacciones del cosmos y de la sociedad, y en la asociación no de otra cosa que la gran condición de vida de la especie y de progreso individual. Sin la sociedad habría desaparecido o se habría estancado en el salvajismo primitivo. Pero la sociedad no es un contrato ni una creación del hombre; nace de un impulso de su propia naturaleza animal sociable”. El comunismo anárquico o socialismo libertario es la síntesis del pensamiento y de la acción de muchos individuos y núcleos sociales a lo largo de la evolución de la humanidad y de grandes filósofos modernos como Godwin, Stirner, Proudhon, Bakunin, Kropotkine y otros. Aplicando el método inductivo, propio de la ciencia positiva, afirma “que en la iniciativa individual, sostenida por la cooperación, se halla la raíz de todo progreso. Sin ese impulso, que nosotros denominamos espíritu de rebeldía, la rutina de las costumbres y de las instituciones habría fosilizado a las sociedades. El Estado y los dogmas ideológicos son las barreras que la evolución debe romper. Siendo el Estado una institución situada por encima de la sociedad, a la que le fija normas invariables y la constriñe por la fuerza, es el centro de resistencia de los grupos opresores a través de todas las épocas. De este hecho incontrovertible saca el anarquismo el principio anti estatal y su propio nombre anarquía, (no gobierno), punto de convergencia de todas sus escuelas: el individualismo, el colectivismo y el comunismo anárquico. Por el método inductivo, el anarquismo llegó hace más de un siglo a la negación de la propiedad privada y a la afirmación de que la suma no perdida de los esfuerzos particulares ha creado la portentosa riqueza de nuestra época, herencia común de toda la humanidad. Contra el principio de autoridad, el anarquismo proclama el libre acuerdo,

desde sus formas más simples a las más complejas; y contra el derecho de propiedad individual de la riqueza, la comunidad de los bienes distribuidos según las necesidades de cada uno. Reconoce la lucha de clases, pero la circunscribe al terreno económico, pues en el plano moral sigue siendo fundamentalmente una la naturaleza humana. Solo así se explica que de las clases privilegiadas hayan salido tantos grandes apóstoles. Acepta la violencia en la revolución, pero rechaza la violencia sistemática y organizada de la dictadura del proletariado, porque confiere a la violencia el rol de destruir el viejo orden, pero nunca el de reconstruir el nuevo mundo, que solo la inteligencia, la abnegación y el ejemplo pueden efectuar. No acepta la disciplina ciega o forzada que mata el espíritu de crítica y de iniciativa personal, pero sí la coordinación nacida del raciocinio o suscitada por el ejemplo emocionante de las minorías revolucionarias y de sus personalidades más descollantes. Combate el parlamentarismo y todo remedo del Estado, porque siempre son corruptores el privilegio y el poder. En cambio las masas trabajadoras poseen impulsos constructivos, a las que únicamente faltan divisas claras y modelos dignos. Empieza a abrirse camino entre algunos anarquistas la idea de un período de transición entre la realidad capitalista y el ideal comunista anárquico. El anarquismo es, pues, una rama del socialismo; y partiendo de la negación del Estado exalta la personalidad humana, y en la comunidad de los bienes encuentra la perfecta solidaridad de uno para todos y todos para uno”.

Muchas veces lo escuché en reuniones partidarias o en charlas de grupos y siempre experimenté una viva simpatía por su inteligencia despierta y su agilidad en la discusión ideológica. Trascendían su vasta cultura, su dominio del ideario socialista en sus diversas corrientes, y su franqueza y sinceridad para exponer o criticar. Tuve oportunidad de alternar más a fondo con él a raíz del Congreso Extraordinario de Curicó, (en mayo de 1940), convocado con la finalidad de contrarrestar los efectos de la escisión provocada por los diputados César Godoy Urrutia y Natalio Berman. En ese torneo tuvo una brillante intervención. Originó una polémica de alto rango sobre los principios doctrinarios del PS. Sometió a una inteligente crítica algunas de las teorías del pensamiento marxista y condensó sus puntos de vista en un proyecto de declaración de principios, de acuerdo con los postulados del socialismo humanista. En el fondo, para A. Pinto, las periódicas crisis doctrinales y políticas del socialismo de orientación marxista tenían por causa el dogmatismo y esquematismo del pensamiento de Marx-Engels y de sus intérpretes ortodoxos.

Aunque sus posiciones fueron rechazadas por quienes participaron en el debate (Julio Barrenechea, Julio César Jobet, Astolfo Tapia, Heriberto Alegre, Manuel E. Hübner), y por el Congreso, se conquistó grandes simpatías entre todos los concurrentes por su cultura socialista y su habilidad polémica, además de su comportamiento vigoroso, pleno de entusiasmo y de ardor.<sup>14</sup>

Una proposición de Augusto Pinto fue, sin embargo, aceptada en forma unánime por el Congreso. Se refería a la conveniencia de designar una comisión integrada por camaradas versados en el examen de las doctrinas socialistas, para analizarlas a la luz del desarrollo contemporáneo y de las nuevas necesidades. Sus resultados serían enviados a los comités regionales para su discusión democrática y, en seguida, con las sugerencias respectivas, se redactaría un proyecto de declaración de principios definitivo que se sometería al próximo Congreso General Ordinario. El Comité Central recogió la proposición de A. Pinto, aprobada por el Congreso, designando una comisión bastante numerosa. Aunque inició sus labores con interés, no logró concretar un trabajo efectivo y esta aspiración se vino a cumplir en la Conferencia Nacional de Programa, realizada en noviembre de 1947.

En aquel memorable debate, A. Pinto planteó, en esencia, una crítica severa al marxismo, como método de interpretación de la realidad, por estimarlo obscuro y discutible, confusa mezcla de metafísica hegeliana y de ciencia y, por ende, proclive al simplismo y al dogma. Asimismo se extendió en la necesidad de esclarecer su concepción de la historia y de la sociedad, pues en ellas, según Marx, todo parece reducirse a fenómenos de producción: modos de producción, relaciones de producción, medios de producción, olvidando la conciencia humana, movida por la noción de justicia y el papel soberano de la voluntad humana para actuar conscientemente en la transformación de la sociedad. El socialismo no es sólo el epifenómeno del proceso económico-social sino también es el resultado del desarrollo de la

conciencia moral del hombre. Por eso la socialización de los medios de producción no es un fin sino el medio para llegar a un orden social más justo y más libre. El socialismo persigue, ante todo, el libre desarrollo de la persona humana; el desenvolvimiento armónico de sus diversas facultades, dentro de la libertad, subyugando a la economía y liberando a los hombres. Esta ampliación de la vida constituye el socialismo ético, basado en la dignidad de la persona humana. En la vida de los hombres existen valores esenciales independientes de una simple transformación económica, valores reconocidos por todos los grandes pensadores y luchadores socialistas.

Poco después de la realización del Congreso Extraordinario de Curicó, participé con Augusto Pinto y otros camaradas en un círculo de lecturas donde comentamos la obra del sabio George Nicolai: “La Miseria de la Dialéctica”, aparecida en ese año de 1940. El gran humanista, con su habitual categoría polémica, lanzaba un demoledor ataque a las obscuridades, extravagancias y contradicciones de Hegel. A. Pinto lo encontraba magistral y oportuno y, en gran parte, justificaba su posición sostenida en el Congreso.

Precisamente, en su libro, Nicolai manifiesta que en el marxismo se mezclan dos métodos opuestos: el dialéctico y el científico; y su propósito era defender a Marx científico, de su peor enemigo, Marx dialéctico. La aportación más importante de Marx científico es su concepción del materialismo histórico, según el cual los métodos de las ciencias naturales son aplicables a todo y, por eso, a lo social. Por la utilización consecuente de este método se puede llegar a establecer el socialismo que, en su concepción más general, significa la firme resolución de realizar en lo posible todas las consecuencias que, razonable o científicamente, podemos sacar de la solidaridad del género humano.

(14 Un resumen bastante completo del debate doctrinario se publicó en la revista RUMBO, N° 13, de julio-agosto de 1940. En el curso de las discusiones defendió el criterio de Augusto Pinto, su discípulo y nobilísimo luchador social, Alberto Ballofet, de formación anarquista, alto dirigente de la I. W. W. y después, connotado miembro del Partido Socialista)

En cambio, el materialismo dialéctico, o sea, el hegelianismo revitalizado por Marx, es el peor obstáculo para avanzar hacia el socialismo. En seguida, Nicolai verifica un examen profundo y despiadado de la filosofía de Hegel y del comunismo soviético, su continuador. Hace una distinción neta entre Marx científico (defensor del materialismo histórico y del socialismo), y Marx dialéctico (padre del comunismo), y llega a afirmar que los dos peligros más grandes para el socialismo son: de una parte, la mixtificación dialéctica en el dominio ideológico; y de otra, el oportunismo innato en la actividad del hombre. El socialismo debe aprovechar exclusivamente a Marx científico y eliminar el dialéctico.

Al desatarse la ola de escisiones en el seno del PS a partir de 1943, me trasladé al sur del país, por varios años. Al regresar a Santiago volví a tomar contacto con Augusto Pinto. Como siempre, su curiosidad intelectual era amplia y el panorama mundial le suministraba la oportunidad de perspicaces comentarios. Alejado de la vida partidaria regular, y sin tomar posición ante los grupos existentes, se mantenía informado y atento a sugerir actitudes y planteamientos por medio de sus innumerables compañeros y amigos. Por esta razón, cuando se verificó el Congreso de Unidad del Socialismo, en julio de 1957, propuse un voto, aprobado por la asamblea, incorporando directamente a las filas de PS, como figuras señeras, a Augusto Pinto, Manuel Hidalgo y Oscar Schnake, conductores esclarecidos del movimiento popular en años particularmente críticos dentro de la evolución social de Chile.

En el almuerzo de clausura de aquel torneo, Augusto Pinto hizo recuerdos de sus años de lucha, de sus compañeros, de su viaje de esfuerzos a Francia, donde siguió cursos en la Sorbona y se atiborró de conferencias y exposiciones y, sobre todo, se empapó del inefable ambiente cultural y humano de París; y exaltó el porvenir del socialismo, como única esperanza de la atribulada humanidad.

Por esa época me sumé a un simpático grupo de amigos. Tenía sus figuras centrales en Augusto Pinto, Laín Diez y Mariano Rawicz y como entusiastas acompañantes a Alejandro Gallegos, Federico Godoy Guardia y Perrin Godoy Lagarrigue. Celebrábamos reuniones semanales, en las cuales A. Pinto presidía por su talento e ingenio. Laín Diez, miembro prominente de las jornadas sociales de 1920, de saber enciclopédico y poseedor de varios idiomas, nos mantenía informados de los grandes sucesos del movimiento socialista y obrero mundial, a través de sus estudios y de su correspondencia; Mariano

Rawicz, combatiente en las filas españolas republicanas (y durante años preso en las mazmorras de Franco), radicado en Chile, nos daba a conocer los hechos relevantes del mundo tras el telón de hierro, por intermedio de la prensa polaca, que nos traducía con esmero. Alejandro Gallegos, amigo fiel de A. Pinto, removía el ambiente con sus preguntas directas y bruscas y con sus juicios tajantes; Federico Godoy, animador de la empresa editorial PLA, ponía medida y fraterno espíritu y Perrin Godoy, joven ingeniero, aportaba su inquietud generosa y nos vinculaba a la tradición de su ilustre padre, don Pedro Godoy.

En estas sesiones de lecturas, estudios y discusiones surgieron muchas iniciativas fecundas. Una de ellas fue la de ubicar a Alejandro Escobar Carvallo y conseguir sus apuntes sobre sus actividades en la divulgación del socialismo y en la educación del proletariado, entre 1897 y 1914, para publicarlos como un aporte al conocimiento directo de aquella época heroica. A mediados de diciembre de 1958 visitamos a Alejandro Escobar Carvallo, en compañía de Augusto Pinto y Alejandro Gallegos. Fue un instante emotivo contemplar el estrecho abrazo de los dos tolstoyanos. Pasamos una agradable tarde escuchando su inagotable y sabrosa charla, repleta de recuerdos del más alto interés. El alma generosa y entusiasta de los dos viejos dirigentes se iluminaba al rememorar tantos hechos vividos y al deslindar innumerables actuaciones. Sólo la evocación de las figuras leales y queridas, tragada por el inexorable turbión de la vida, ponía un temblor de tristeza en su evocadora conversación. 15

Augusto Pinto conservó su vigor cerebral y su contagiosa inquietud ideológica hasta sus últimos momentos. A pesar del mal estado de su salud, ni el menor asomo de angustia o de pesimismo se notaba en su actitud diaria; por el contrario, su alegría, su interés por la existencia de sus amigos, su preocupación por los sucesos políticos nacionales y mundiales, su conversación animada, fluían con naturalidad y optimismo. Su rostro moreno, simpático, se iluminaba en medio de la charla y sus ojillos negros chispeaban de entusiasmo o de malicia, según el sesgo de la charla. Se había dejado crecer una pequeña barbita en punta que le daba un aire de convencional mandarín chino y su sabiduría hecha de estudio, reflexión y experiencia, reafirmaba esa impresión.

Hasta el fin de su noble existencia le dominó el anhelo de dejar escrito un ensayo sobre las relaciones entre las concepciones marxistas y el pensamiento socialista general. La lectura de la obra del profesor de filosofía francés, Pierre Fougères: "Le marxisme en question", ("El marxismo en discusión"), quien abandonó las filas del comunismo a raíz de la represión de los obreros, intelectuales y jóvenes húngaros por los tanques soviéticos, y llegó en su proceso de desestalinización hasta la crítica de las fuentes marxistas en el libro citado, le estimuló en su intento. Desgraciadamente no logró llevar a cabo su propósito. Me adelantaba como, a pesar de su condición proletaria, no aceptaba el mesianismo proletario contenido en "El Manifiesto Comunista"; porque la evolución de la sociedad a lo largo de un siglo desmentía la profecía de su división en dos clases polarizadas, de las cuales una tendría vocación para la dirección de un nuevo destino; tampoco se había logrado la unidad de la clase obrera y su llamado para conseguirla no pasaba de ser una quimera; las clases estallaban en grupos, y sus intereses, comportamiento e ideologías estaban diversificados y, a menudo, opuestos; y por eso, frente a los grupos en lucha, asignaba al socialismo el papel de intérprete de los intereses de toda la sociedad y no de los de una clase solamente.

Como todos los demócratas de su tiempo, A. Pinto saludó con entusiasmo la revolución rusa y la caída del despotismo zarista, pero, también, vio con angustia el camino dictatorial seguido por Lenin-Trotsky, y desde el ascenso de Stalin miró con franco desagrado el restablecimiento de la autocracia a través de su régimen tiránico. Para él, la tragedia de Cronstadt simboliza la trayectoria de la gesta del pueblo ruso. El año 17, fueron los instrumentos intrépidos y heroicos de la caída del zarismo; cuatro años después se sublevaban contra la dictadura bolchevique, pidiendo la vuelta a la democracia socialista y eran vencidos, aplastados y fusilados por millares, iniciándose la reacción thermidórida. La eliminación de las fuerzas democráticas (mencheviques, socialistas revolucionarios, anarquistas de Machno), y de la libre discusión en el seno de los bolcheviques, con el comienzo de las represiones sangrientas, liquidaron la revolución socialista y democrática, dando paso a un régimen concentracionario.

En las conversaciones sobre el sistema soviético y el reinado de Stalin, hacía ver como éste desfiguró todos los postulados básicos del socialismo: el internacionalismo lo redujo a un virulento nacionalismo; la socialización de los medios de producción y el colectivismo los concretó en una implacable economía de Estado, con una máxima subordinación y explotación del obrero; el debilitamiento y extinción del Estado los tradujo en el reforzamiento faraónico de su poder levantando un Leviatán al cual enajenó toda la sociedad soviética; el sentido crítico lo asimiló al peor sometimiento conformista y dogmático; la supresión de la burguesía la reemplazó por una todopoderosa burocracia con las características de una nueva clase; el rechazo del culto al dirigente absoluto lo transformó en el “culto de la personalidad”, o sea, a sí mismo, como líder carismático, infalible.

(15 Los apuntes de Alejandro Escobar Carvallo, sobre el primer movimiento socialista en Chile aparecieron en las páginas de la excelente revista OCCIDENTE, números 119, 120, 121, 122 y 123, de julio-agosto, septiembre-octubre y noviembre-diciembre de 1959 y marzo-abril y mayo-junio de 1960 )

Si el sistema capitalista se basa en la explotación de los individuos, y el trabajador sufre una doble alienación económica y política: la propiedad privada de los medios de producción y el poder del Estado, guardián de dicha propiedad, la revolución de los trabajadores debe, al mismo tiempo, socializar los medios de producción y marchitar y extinguir el Estado, con formas de democracia directa. Al no hacerlo, la revolución conducirá a forjar una nueva esclavitud. Por eso el derecho al producto íntegro del trabajo y el derecho a la democracia son inseparables e irrenunciables en el sistema socialista.

Ante el aterrador ejemplo del régimen soviético, Augusto Pinto, se planteaba angustiosos interrogantes, motivos de largas y ardientes controversias entre nosotros, interrogantes que siguen conturbando a los socialistas responsables, a los rebeldes, a los intelectuales libres, a quienes desean sinceramente un cambio profundo en favor del hombre: ¿Cómo organizar una nueva sociedad donde se eliminan los males que avasallan al individuo sin quitarle la libertad? ¿Cómo conciliar esta libertad que implica, en lo concreto, iniciativa y responsabilidad, con la seguridad que la sociedad debe a sus miembros?

Uno de los problemas máximos es el de conciliar la organización con la libertad y evitar el aplastamiento del hombre por sus propias creaciones materiales.

Augusto Pinto ya no participará en estas reuniones cordiales y apasionadas, pero su potente y luminoso espíritu estará siempre presente, radiante en cada uno de nuestros corazones.

### **La personalidad de Oscar Schnake y los primeros años del Partido Socialista ARAUCO N°73 febrero 1966**

La vida y acción socialistas de Oscar Schnake en el decenio de 1931 a 1941, fueron ejemplares. Reunía en su atrayente personalidad, sólida cultura económica, honda visión política, gran capacidad organizadora y recia contextura moral. Era un magnífico orador: hablaba con sencillez y emoción, exponía con claridad y argumentaba con poderosa lógica. Convencía y orientaba. Escribía poco, pero sus artículos traducían un pensamiento claro y vigoroso; conocedor de los asuntos tratados en sus aspectos variados y profundos, los exponía en forma precisa y sintética. Algunos de sus ensayos sobre la realidad social y política y sobre el significado del Partido Socialista de Chile en la vida nacional, notables por su originalidad y penetración, se recopilaron en un opúsculo titulado “Política Socialista”. Como Secretario General Ejecutivo del PS, (ocupó ese cargo desde su fundación el 19 de abril de 1933 hasta septiembre de 1939, al ser nombrado Ministro de Fomento), se destacó siempre como magnífico dirigente y conductor de masas, preocupado en estructurar cuadros sólidos y disciplinados, en formar dirigentes políticos y sindicales, en capacitar doctrinaria y políticamente a sus militantes, con el alto propósito de crear un instrumento templado en la lucha revolucionaria y en el conocimiento de la doctrina socialista, capaz de conducir con saber y responsabilidad a las masas trabajadoras a la victoria.

Nos tocó asistir a varios cursos de estudios socialistas patrocinados por Schnake, en su propia casa, en las cuales analizamos aspectos técnicos y prácticos del socialismo sobre la base de la lectura, comentario

y crítica de obras calificadas. Recuerdo el análisis del tomo I de “El Capital”, en la traducción de Juan B. Justo; del ensayo “Ideas esenciales del socialismo”, de Paul Louis (traducido por Oscar Vera L.); de la obra de Scott Nearing y Joseph Freeman: “La diplomacia del dólar”; y la “Economía Soviética”, de Lucien Laurat. Creo ser el único sobreviviente de aquellas jornadas, aparte del propio Schnake. Han fallecido Eduardo Ugarte, José Rodríguez, César Flores, Luis A. Fierro, Víctor López, Pablo Vergara, Rafael Pacheco, Juan Picasso, Asdrúbal Pezoa, asistentes asiduos a las mencionadas sesiones.

Poseía una fe inalterable en la necesidad de forjar un partido disciplinado, con cuadros entrenados en la actividad práctica y un conocimiento cabal de la teoría y programa socialistas. En uno de sus artículos expresó: “Toda la breve historia política de Chile enseña que el pueblo no ha podido nunca llevar a cabo sus aspiraciones, porque nunca tuvo un partido propio y permanente y porque siempre ha vivido separado en tiendas de pequeñas sectas o grupos personalistas. El 4 de Junio nos ha dejado a todos una tarea: organizarse férrea y disciplinadamente en el Partido Socialista, que será el arma formidable para realizar nuestro supremo y único ideal: la República Socialista de los trabajadores manuales e intelectuales”.

El Partido Socialista creció y se perfeccionó hasta llegar a ser el partido mayoritario del país, determinando en forma esencial la política nacional de Izquierda bajo el comando experto de Oscar Schnake V. Se impuso resistiendo terribles ataques de la reacción, de los sectores extremista-infantilistas y de muchos emboscados en las filas de la izquierda, hasta lograrse la victoria democrática del 25 de octubre de 1938.

### **LAS PRIMERAS LUCHAS DE SCHNAKE**

Oscar Schnake se enroló muy joven en las filas de la clase trabajadora. Al término de la primera guerra mundial, una grave crisis azotó al país, al paralizarse los mercados del salitre, cobre, fierro y demás materias primas. Se produjo una miseria general debido a la falta de trabajo. Entonces nació un movimiento social y político de grandes proporciones orientado a transformar el régimen oligárquico y a proceder a una distribución justa de la riqueza. La revolución rusa influyó decisivamente en su dinámica, al indicar la posibilidad de llevar a cabo semejante finalidad. Schnake se incorporó con entusiasmo y coraje a la lucha y se dio a conocer desde el año 1919 como un notable agitador desde los cuadros de la I.W.W. en cuyo seno realizó una vasta acción revolucionaria. Estudió medicina y actuó en las huestes de la Federación de Estudiantes de Chile, organismo que cumplía un rol de gran trascendencia en las batallas sociales de la época. Fue elegido presidente de la FECH, pero renunció a su cargo en virtud de sus convicciones anarquistas. Formó parte del grupo director y animador de la gran revista “Claridad”, en cuyas páginas resonaban todas las inquietudes y esperanzas de entonces. Schnake salió desterrado del país debido a su actividad revolucionaria, y vivió en Argentina y Uruguay, en donde mantuvo contacto con los círculos políticos e intelectuales de avanzada y, en especial, con los dirigentes del movimiento de reforma universitaria. A su vuelta prosiguió sus estudios de medicina y persistió en su lucha en favor de la emancipación de las clases populares. Después de la turbia época de Alessandri, época de esterilidad política, Schnake participó en el amplio movimiento de las clases asalariadas, estructurado en los cuadros de la Ustrach (Unión Social-Republicana de Asalariados de Chile). Luego se precipitaron los negros días de la dictadura militar de Carlos Ibáñez, enemigo del pueblo y servidor incondicional del imperialismo. Schnake sufrió duras penurias económicas, pero con indomable voluntad, se mantuvo al margen de la descomposición moral entronizada por esa oprobiosa dictadura.

Fue una época de angustias y de miserias, pero a la vez de profundo estudio, de tenaz reflexión, de aguda observación de la política nacional, de los hombres y de las ideas; por eso, época decisiva en la actuación futura de Schnake. De su seno, dolorosa y firmemente, nació su orientación definitiva. Con un conocimiento más cabal de los hechos sociales y políticos, con un criterio más seguro, surgido del análisis marxista de la sociedad, Schnake inició una nueva etapa de su vida.

Organizó en compañía de otros jóvenes luchadores la A.R.S. (Acción Revolucionaria Socialista), como una agrupación para combatir contra la oligarquía y el imperialismo, soportes económicos y sociales del régimen dominante. La acción de la A.R.S. y de otros grupos socialistas (NAP, Orden Socialista, Partido Socialista Marxista y Partido Socialista Unificado), y el descontento popular causado por el régimen civilista, reemplazante de la dictadura militar, fructificó en la revolución socialista del 4 de Junio de 1932, acaudillada por M. Grove, E. Matte y Oscar Schnake. A pesar de la brevedad de su triunfo, doce días, abrió en Chile una nueva era social y política de proyecciones incalculables para los destinos de las masas populares.

El propio Schnake la enfocó con exactitud; “La revolución de Junio despierta en las masas las consignas de verdadera unidad; unidad de propósitos (lucha contra el imperialismo y la oligarquía nacional); unidad de sectores sociales hasta ayer separados (obreros y clases medias). A lo largo del país, se moviliza la fe entera de un pueblo sobre esta base de trabajadores manuales e intelectuales que aman con fervor una acción unida de la clase media y obrera contra la oligarquía nacional y contra el capitalismo extranjero en nuestro país. El pueblo se incorpora a la política activa del país, halla su cauce en una acción clara, revolucionaria, contra la oligarquía latifundista, bancaria y financiera nacional, aliada del gran capitalismo extranjero que nos estrangula. Frente a él se levantan como signo negativo los partidos históricos con su cortejo de corrupción y traición al país y a su pueblo”.

Después del derrumbe de la República Socialista se instauró la dictadura personalista de Carlos Dávila. Grove y Matte fueron relegados a la isla de Pascua; Schnake se ocultó para burlar la persecución y desde su escondite dirigió las huestes socialistas en su resistencia a la dictadura. Estas, a la caída de Dávila, levantaron la candidatura presidencial de Grove. Su campaña la comandó O. Schnake y obtuvo más de 60.000 votos.

## **SCHNAKE Y LA FUNDACION DEL PARTIDO SOCIALISTA**

En 1933, una sola idea animaba a Schnake, a sus compañeros de lucha y a los dirigentes de los diversos grupos socialistas: crear un partido revolucionario, que agrupara a los sectores más combativos de la clase trabajadora, y unificara a todos los socialistas bajo una organización y una dirección únicas, para derrotar al latifundio y al imperialismo.

El 19 de abril de 1933 se llevó a cabo aquella idea, y Oscar Schnake fue designado Secretario General Ejecutivo del nuevo organismo. Por su valor histórico reproducimos el documento en el cual se acordó la unificación de los diversos grupos socialistas.

“Acta de la sesión de fundación del Partido Socialista”

Presiden los camaradas Schnake, Bianchi y De la Barra.

SCHNAKE.— Dice que no obstante la comunicación del Secretario General del Frente Único que había dirigido a las organizaciones pactantes, para una reunión propuesta para el jueves 20 de los corrientes y en la cual debía responderse a los puntos anotados, se verificó ayer martes 18 una interesante asamblea en vista de la situación política creada por el Gobierno con la petición de las facultades extraordinarias solicitadas al Congreso, con la asistencia de representantes de la Orden Socialista, de la ARS, de la NAP, y de los Socialistas Marxistas. En esa sesión se acordó la fusión de los partidos socialistas y que esta fusión fuese ratificada otro día por cada directiva para responder en forma categórica esta noche. Corresponde, pues, según la tabla leída, proceder a oír la palabra de los representantes de las directivas. Rodríguez. — Manifiesta a nombre de la directiva de los Socialistas Marxistas su deseo de ir a la fusión en forma incondicional.

Bianchi. — A su vez la Orden Socialista, por acuerdo unánime de su autoridad máxima, el Colegio, va a la fusión con todos los grupos genuinamente socialistas; pero, pide se declare traidor a la causa a todo individuo o grupo que pretenda organizar nuevos núcleos con máscaras socialistas, fuera de esta única entidad.

Mozó (De la Nap). — Dice que cree haber entendido que esta fusión no fue acordada en la reunión de ayer.

Schnake. — Dice que esto lo puede aclarar el que actuó de secretario.

De la Barra.— Manifiesta que haciendo de secretario en la asamblea citada, la NAP no opuso otra resistencia a la fusión que su anhelo de llevar a cabo la Convención proyectada, pero que en vista de la situación creada, y en virtud de la proposición del camarada Venero que dijo textualmente: “propongo que sentemos por hecha la fusión y que se espere la ratificación de las directivas de cada partido”, no hubo oposición alguna a esta indicación y que siguiendo el debate hacia otras consideraciones, el secretario llamó la atención a Inostroza que dirigía la sesión, acerca de este asentimiento unánime de la sala a la propuesta mencionada, quedando por hecha y aprobada y que en el día de hoy, los representantes debían hacer esta diligencia para traer esta noche una respuesta definitiva y autorizada de cada directiva para suscribir el Acta de Fusión.

Mozó. — Dice que se vaya a la fusión y que la NAP desea que se haga con todos los grupos de tendencias avanzadas, pero que previamente su partido pone como condición la Convención, en la que la NAP llamará a los representantes de las provincias y que de esa gran Convención saldrá el partido, ya que de aquí a quince días estarán aprobadas las facultades extraordinarias, no existiendo peligro para continuar preparando la convención napista.

Inostroza.— Dice que en realidad ayer dio a conocer a los reunidos la nota del Secretario General del Frente Único, Schnake, para verificar una sesión en la que las directivas contestarán los puntos en ella formulados, pero que a insistencia del compañero Mozó se realizó la asamblea. Por otra parte, la ARS, por acuerdo de su directiva acepta gustosa la fusión.

Schnake. — Pide a la NAP que se declare esta noche en cuanto si va o no a la fusión.

Mozó. — Dice que la NAP insiste en que debe hacerse previamente la Convención para ir a la fusión.

Schnake. — Analiza todos los preparativos hechos para ir a la Convención y que en vista de la situación creada recién, es la nota enviada a las distintas directivas por el Secretario General para ir inmediatamente a la fusión, junto con la debida declaración de principios. Dice que las fuerzas socialistas divididas y fraccionadas ofrecen una resistencia ridícula, y a la postre le hacen el juego a las clases dirigentes y a la oligarquía, que miran a estas agrupaciones despreciativamente y como su hazmerreír. Se alegra de la acogida de los partidos verdaderamente socialistas a su iniciativa. Por último, debe considerarse ya el hecho de que tres partidos se fusionar definitivamente y que uno espera una Convención para ir a la fusión. Llama a los amigos napistas para reconsiderar la situación que se les crea.

Klein. — Dice que hay que preguntarle a la NAP si su acuerdo es irrevocable, para no atrasar la fusión de los demás partidos.

Mozó. — Dice que oye por primera vez la declaración de Schnake de que no podrá realizarse la Convención. Aboga otra vez, porque se hagan todos los esfuerzos posibles para verificar la Convención contra viento y marea.

Schnake. — Dice que puede y no puede realizarse la Convención por la difícil situación conocida de todos, que puede dispersar o encarcelar a todos los de ideas avanzadas y que ante esta incertidumbre es que hay que dejar establecido un partido.

Uribe. — Dice que no puede hacerse esa Convención porque no se han transmitido acuerdos ni principios a las provincias para la Convención.

Venero. — Dice que los tres partidos están de acuerdo en la fusión y que la NAP pide la Convención para ir también a ella. Pide que esto se deje por resuelto y que se respete la reserva de la NAP y que se adelante en el estudio de los demás puntos de la tabla.

Jiménez. — Hace una historia de la marcha socialista desde el 4 de Junio y apoya la indicación de Venero,

y que por lo tanto, no se debe impedir la fusión. Debe irse esta noche a la ratificación de la fusión.

Matte. — Dice que su directiva central no podrá acordar por sí la fusión y que tendría que hacerlo por su Convención napista. Que la directiva central no puede obligar a la masa napista a ir a la fusión sin efectuar la convención prometida. Puede convenir ad referendum la fusión. Dice que la ley de facultades extraordinarias se demorará diez días a lo menos en ser despachada y que la convención, puede efectuarse para ratificar con el 1° de mayo la fusión y creación del gran partido. En resumen, la NAP concurre a la fusión esta noche en sus bases ideológicas.

Schnake. — Hay tres organizaciones que están de acuerdo sin reservas para ir hoy mismo a la fusión y que en consecuencia la NAP aceptará el espíritu que predomina y que ella buscará la solución necesaria para ingresar a la fusión.

Fuentes, René. — Dice que los tres partidos entendieron una cosa y que deben realizar lo que acordaron, es decir la fusión, porque la actitud de la NAP hace aparecer la fusión parcialmente.

Schnake. — Lee el borrador del acta para suscribirla y en la cual se salva la dificultad para que la NAP concorra a su firma.

Mozó. — La NAP está de acuerdo en la fusión en la forma propuesta, pero insiste en que se haga el esfuerzo para realizar la Convención.

Boza. — Pregunta si firmada esa acta desaparece la NAP.

Schnake. — Dice que no desaparece la NAP.

Matte. — Habla nuevamente del trámite interno de la NAP para ratificar la fusión y que ellos irían a su convención únicamente con ese objeto, sin hacer o desarrollar otras actividades.

Mozó. — Está de acuerdo con lo manifestado por el compañero Matte.

Bianchi. — Da lectura a la Declaración de Principios Fundamentales.

Schnake. — Propone que una comisión elegida por cada partido para que constituyan el Comité Ejecutivo, proponga la Declaración de Principios y la estructuración del partido.

Matte. — Propone que en la designación de los delegados se considere a los trabajadores intelectuales y manuales y que se piense en esa declaración: 1°, en la expansión de la cultura; 2°, reivindicación de la mujer, y 3°, construcción económica indo-americana.

Schnake. — Queda acordada la fusión y que las comisiones que se designen, redacten la Declaración de Principios y la estructuración del Partido.

A continuación esta asamblea, convertida en una grandiosa Convención por la gravedad de los momentos que se vive, resuelve, después de un largo debate, llamar a la nueva entidad que nace: PARTIDO SOCIALISTA.

Acuerdos:

1° Firmar el acta de fusión.

2° Que un comité formado por cinco delegados de cada partido redacte la Declaración de Principios y la estructuración del Partido.

3° Llamar a la nueva entidad PARTIDO SOCIALISTA.

4° Lanzar un Manifiesto.

Al finalizar la Convención, el camarada Marmaduke Grove leyó un bien inspirado discurso felicitando a todos los concurrentes por el alentador y brillante término de ese gran torneo y haciendo votos por el éxito de la causa socialista en Chile.

Se levantó la Convención a las dos de la mañana”.

El PS, nació en los mismos instantes de aprobarse una ley de Facultades Extraordinarias solicitada por Alessandri, convertido en “dictador legal”. De acuerdo con ella dictó un decreto relegando a Schnake a Arica y a causa de él se vio obligado a permanecer oculto desde abril hasta septiembre de ese año. No pudo asumir su cargo de Secretario General del PS; interinamente tomó la dirección del recién organizado PS, el senador Eugenio Matte H. Schnake definió con nitidez los rasgos esenciales del PS en estas líneas: “Falta un movimiento político eficaz, que resuma las esperanzas y la fe del pueblo. El pueblo necesita

un partido que por su organización, por los hombres que lo dirijan y su voluntad de acción, sea una garantía de su nuevo destino político. Es el Partido Socialista que nace como depositario de su unidad de propósitos y llamado a realizar su unidad de acción.

“Nace como una necesidad y por eso es recibido como el partido del pueblo. Nuestra orientación es profundamente realista. Pretendemos conocer la realidad chilena, interpretarla en su mecanismo económico y social y hacer del partido un instrumento capaz de cambiar esa realidad. Pretendemos movilizar el pueblo entero hacia una acción de segunda independencia nacional, de la independencia económica de Chile. Queremos poner todo lo bueno de nuestra tradición histórica, política y social al servicio de esa acción; despertar la sangre, los gustos, los afectos, despertar lo heroico que ha fecundado estas tierras latinoamericanas, para darle un valor moral traducido en voluntad, espíritu de sacrificio y solidaridad a nuestra acción. Vamos impulsando la acción de todo un pueblo hacia su liberación, por eso queremos darle un contenido nacional que abarque nuestra manera de trabajar, gozar, sufrir y sentir, para hacer un pueblo nuevo en todas sus facetas. Somos los instrumentos de la revolución que Chile necesita para hacer una historia dentro de Latinoamérica y de la Humanidad en estos días preñados de un futuro grandioso”.

## **DE LA PERSECUCION AL SENADO DE LA REPUBLICA**

Schnake trabajó activamente en la consolidación de los cuadros del PS; y en la unificación de las fuerzas enemigas de la reacción y del fascismo. Frente al recrudecimiento de la presión oligárquica con sus Milicias Republicanas, y ante la aparición del naciismo, con sus tropas de choque de la reacción, dirigidas contra la clase obrera, Schnake luchó por conseguir la unidad de los partidos afines, en lo político, para defender los principios democráticos, a fin de permitir a los trabajadores seguir perfeccionando sus organismos de clase. Por sus esfuerzos se constituyó el Blok de Izquierda, cuya actividad limitó la prepotencia dictatorial de Alessandri y mantuvo cierta zona democrática en favor del desenvolvimiento del proceso político y sindical popular. Y en el proceso de fortalecimiento del PS dio forma a las “Brigadas de Defensa”, las cuales libraron frecuentes y sangrientas batallas callejeras con las tropas de asalto nacistas, conteniéndolas con éxito en sus desmanes criminales.

En brazos del Blok de Izquierda triunfó la candidatura senatorial de Grove, quien llegó “de la cárcel al Senado”, en la provincia de Santiago, como primera respuesta ardorosa de las masas populares a la constante amenaza fascistizante del Gobierno Alessandri-Ross, por cuanto durante toda esta administración se vivió en la ilegalidad, perseguidos, encarcelados o relegados, por la aplicación continua de leyes de facultades extraordinarias y estados de sitio.

En 1934, al ser dictada la segunda ley de Facultades Extraordinarias, fueron detenidos Schnake, Grove y otros dirigentes, permaneciendo siete meses en la Penitenciaría de Santiago. A Schnake se le deportó al Perú, país donde vivió una etapa de intenso trabajo y estudio. En junio y julio de 1935 se le encarceló por 45 días; y en octubre y noviembre del mismo año se mantuvo oculto para burlar una nueva orden de detención. En 1936, a raíz de la huelga ferroviaria de Febrero, se le relegó al sur (Coelemu) junto con varios cientos de dirigentes socialistas. En el mes de enero de ese año se había realizado el III Congreso General Ordinario del PS, en Concepción, y en él se le aclamó como Secretario General por cuarta vez, al leer una profunda cuenta política, pasando revista a los sucesos afrontados y analizando en forma magistral el porvenir del país y la misión del PS. En octubre de 1936, ya constituido el Frente Popular, se le detuvo en Antofagasta y permaneció 15 días en la cárcel, acusado de injurias al Presidente de la República. El Frente Popular, alianza política de todas las fuerzas democráticas, se estructuró como consecuencia de la dura represión de marzo de 1936, a raíz de la huelga ferroviaria de febrero, y libró su primera batalla electoral a fines de abril de 1936, para llenar la vacante de senador por Biobío, Malleco y Cautín, producida por el fallecimiento de Artemio Gutiérrez, senador de Gobierno. Era una elección decisiva: de su resultado dependía la mayoría para aprobar o rechazar otra ley represiva. La victoria del

FP, permitió mantener un clima democrático y enfrentar con vigor las elecciones parlamentarias de marzo de 1937.

El PS se movilizó con particular entusiasmo con el anhelo de demostrar su disciplina, arraigo en las masas populares y su real poderío. Obtuvo 22 parlamentarios y, entre ellos, salió elegido senador por Tarapacá y Antofagasta, Oscar Schnake V. El partido puso a cubierto de las persecuciones a su principal dirigente, con el fuero de su mandato senatorial, y en el IV Congreso General, realizado en marzo de 1937, en Talca, lo reeligió por aclamación Secretario General Ejecutivo.

En el Senado, Oscar Schnake, se reveló un notable orador político, un valeroso fiscalizador y su actividad constituyó la revelación parlamentaria del PS y de la Izquierda. Hasta ese instante era conocido como agitador político, organizador partidista y conductor de una agrupación revolucionaria; en el Senado se distinguió con caracteres singulares como un experto y hábil parlamentario; ágil y desenvuelto, pronunció discursos macizos, presentó proyectos de interés, en beneficio de los trabajadores, y pasó a ser el valor más definido y eficaz de la Izquierda. En sus hombros descansó la oposición revolucionaria al Gobierno de Alessandri-Ross.

Entre sus innumerables discursos merecen destacarse aquellos sobre el problema de las tierras magallánicas, análisis magistral del origen, desarrollo y situación actual del latifundio magallánico y del dominio incontrolado de tres familias sobre ese rico territorio; sobre la burla y atropello constante de la legislación social chilena, la más avanzada en el papel, prácticamente inaplicada; sobre la evolución política nacional, estudiando en forma novedosa la acción de los partidos oligárquicos y la opresión de las masas populares; sobre la penetración imperialista, llevando a cabo una investigación minuciosa de la explotación de la Compañía Chilena de Electricidad sobre las masas consumidoras nacionales, y destacando los aspectos de la absorción imperialista en las industrias de materias primas (salitre, cobre) y en las industrias de consumo (electricidad, ferrocarriles); sobre la engañosa reconstrucción nacional, destruyendo las falacias económicas de Ross...

En resumen, la actividad de Schnake en el Senado adquirió contornos notables, revelándose un gran político, y un versado conocedor de los problemas económicos y sociales del país, y de su historia.

## **SCHNAKE EN LA LUCHA PRESIDENCIAL DE 1938 Y EN EL GOBIERNO DE AGUIRRE CERDA**

El IV Congreso General del PS lanzó la candidatura presidencial del senador M. Grove, líder del PS y de los grandes sectores obreros y campesinos del país. La derecha plutocrática lanzó la candidatura de Gustavo Ross, autor de la nefasta gestión económica del Gobierno de Alessandri. Los sectores nacistas levantaron la candidatura fascista y divisionista del general Carlos Ibáñez del Campo.

El Partido Radical se auto consideraba, en la Izquierda, con el derecho exclusivo de llevar un candidato de sus filas como representante del Frente Popular y después de numerosas vicisitudes internas exaltaron a don Pedro Aguirre Cerda, hombre de vasta actuación política, estudioso y conocedor de los problemas nacionales, aunque lento y falto de audacia. Era sí un convencido de la bondad del régimen democrático. En ese año de prueba, Schnake debió resistir los más enconados ataques de la reacción y del ibañismo. Los partidarios de Ibáñez desataron una concertada y vasta ola de calumnias e infamias en su contra para obligarlo a retirar la candidatura de Grove y apoyar la de Ibáñez. Pero con dura energía, y grandeza moral, se mantuvo fuerte en su posición frentista, y supo responder sin amilanarse a los arteros ataques fascistas. En esos días amargos su figura se enaltecía, incluso ante sus propios enemigos.

La realidad política impuso la urgencia de agrupar las fuerzas democráticas en torno a una sola candidatura para enfrentar con posibilidades de éxito a la Derecha, mancomunada estrechamente en torno a Ross, con inagotables cantidades de dinero nacional e internacional y con todos los recursos del poder a su favor.

En la histórica Convención de las Izquierdas, en abril de 1938, en cuya inauguración Schnake pronunció un discurso inolvidable por su contenido y sus proyecciones, M. Grove en un gesto nobilísimo retiró su

candidatura para apoyar la de Pedro Aguirre Cerda. El pueblo se unió en torno al personero del Frente Popular, presidido por Grove. El ibaismo, al ver perdidas sus posibilidades electorales, se jugó una aventura golpista, el 5 de septiembre de 1938. El Gobierno la aplastó rápidamente con ferocidad inaudita, ordenando masacarar a 63 jóvenes putchistas. Ante su hecatombe retiró la candidatura del ex dictador y sus efectivos se plegaron a Pedro Aguirre Cerda, contribuyendo a su victoria sobre el personero de la reacción y el imperialismo, el 25 de octubre de 1938. El papel de Schnake en todos estos sucesos alcanzó una decisiva trascendencia y fue, sin duda, uno de los artesanos indiscutibles de aquel histórico triunfo. El V Congreso General del PS, efectuado en diciembre de 1938, lo proclamó de nuevo su Secretario General Ejecutivo y acordó la participación del Partido en las tareas de gobierno. Se inició el régimen frentista con la colaboración de tres ministros socialistas, como una garantía exigida por las masas populares, en cuanto al cumplimiento del programa agitado en la campaña presidencial y la apertura de una nueva era auténticamente democrática.

El Gobierno se inició con desalentadoras vacilaciones agravadas con el catastrófico terremoto de enero de 1939. A pesar de la acción de masas del PS, de sus manifiestos y peticiones, y de la actividad de sus ministros, el ritmo del Gobierno era demasiado cauteloso e ineficaz. Con el objeto de acelerar la realización de medidas económicas urgentes para aliviar la situación de miseria de las masas, la directiva máxima del PS cambió su equipo ministerial, en septiembre de 1939, y llevó al Gabinete a tres nuevos representantes. Entre ellos, Oscar Schnake Vergara, en la cartera de Fomento, quien había planteado la necesidad de crear una Junta Económica Nacional para someter la economía a un plan de conjunto y llevar a cabo una gestión económica renovadora.

Agitador, organizador y conductor, Oscar Schnake llegó al Ministerio y pronto se definió como un estadista de aguda visión gubernativa. En el breve lapso de diez meses, desde su designación hasta el momento de su partida a La Habana y Washington, llevó a cabo una labor positiva, concretada en numerosos proyectos de leyes para crear diversas industrias bajo el control del Estado, intentando poner fin a odiosos monopolios privados. Elaboró los proyectos de una Empresa Carbonífera y de una Fábrica de cemento del Estado; y otros para crear una Compañía Nacional de Pesca, y el estanco del tabaco y del alcohol. Planeó la reorganización de la Empresa de los Ferrocarriles del Estado, desquiciada por la reacción y la politiquería; y la nacionalización del ferrocarril salitrero de Pueblo Hundido a Iquique, en manos del imperialismo inglés. Abordó el estudio de varios planes sobre caminos, riego, electrificación, e impulsó el incremento de la industria metalúrgica y de las perforaciones para obtener petróleo.

La política de Schnake de crear empresas fiscales, para destruir, los monopolios privados, era la más conveniente en aquellos instantes a fin de poner término a la especulación y al fracaso de las empresas particulares, pues como lo expresara: “Se ha venido confiando excesivamente en la iniciativa particular y el Estado ha permanecido al margen de una actividad que ha estado en la obligación ineludible de afrontar directamente, en presencia de la insuficiencia notoria de las iniciativas privadas”. Schnake trató de iniciar una nueva política económica, adecuada a una etapa de transición de un gobierno popular democrático. Pero no logró resultados positivos por la debilidad del Presidente Aguirre Cerda, la resistencia tenaz de las fuerzas reaccionarias y las vacilaciones irreductibles de los integrantes del Frente Popular, en especial del Partido Radical.

## **SCHNAKE EN LA CONFERENCIA DE LA HABANA Y EN LOS ESTADOS UNIDOS**

El Presidente Pedro Aguirre Cerda lo designó Jefe de la Delegación chilena a la Conferencia Interamericana de La Habana, realizada del 21 al 30 de julio de 1940. En dicha reunión, Schnake, demostró una vez más su capacidad y visión políticas. En su discurso, en la sesión plenaria del 27 de julio, expresó conceptos dignos de ser recordados: “En medio de esta vorágine, toca a los pueblos de América la misión de fortalecer y expresar lo que hay de permanente y valioso en las normas económicas, políticas y morales que necesita la Humanidad para perdurar. Los hombres de estas tierras deben hoy, con sus esfuerzos y sacrificios alentados por una heroica voluntad, comenzar a vivir su propia y grande

historia, creando un continente decidido a defender su paz, y acrecentar el bienestar de sus pueblos. Así podrán entregar mañana al mundo un aporte de cooperación económica en vez de la guerra, de respeto internacional en vez de vasallaje, de justicia social en vez de miseria"... Para Schnake, la defensa del Continente sólo sería posible si se lograba una perfecta cooperación económica entre todos los países americanos y una estrecha unidad política. Una amplia lucha antitotalitaria sólo tendría eficacia en caso de afianzarse el régimen democrático, incorporando a todas las fuerzas populares en la dirección de los destinos de cada nación y procediendo a una profunda justicia social, que permitiera el mejoramiento de las condiciones de vida de las clases laboriosas.

La guerra mundial, manifestó Schnake, había aumentado en los diversos pueblos del Continente las esperanzas de un mayor bienestar, las ansias de solidaridad, y sus convicciones democráticas. Sus frases finales expresaron: "Los gobiernos y los pueblos de este Continente tienen la convicción de que esta reunión que celebramos sabrá convertir en realidad, en paz y bienestar, las aspiraciones que han sido formuladas. De no ser así esta magnífica asamblea panamericana no sólo habría sido estéril sino perjudicial, porque habría llevado un desengaño más, tal vez definitivo, al corazón de las muchedumbres de América".

Tomó parte considerable en la discusión de los numerosos estudios sometidos al análisis de la Conferencia y entre las mociones presentadas por Schnake se destacó aquella relacionada con la necesidad de nacionalizar las empresas de utilidad pública de los países capitalistas beligerantes. Dicho proyecto tenía por objeto velar en defensa de los intereses fundamentales de los pueblos americanos, a fin de poner muchas de sus industrias, medios de comunicaciones y riquezas mineras, bajo su efectiva soberanía, en provecho de sus clases laboriosas e impidiendo que por el hecho de estar bajo el dominio de consorcios internacionales figuraran en los pagos de guerra hechos unos a otros por los imperialistas en lucha.

La actuación de Schnake en la Conferencia de La Habana tuvo una doble finalidad: defender la unidad de los países americanos en una poderosa y solidaria alianza dirigida a eliminar toda amenaza al Continente de los totalitarios del Atlántico y del pacífico, y a permitir la existencia de un régimen democrático efectivo; y, en seguida, mantener la integridad soberana de cada país, la defensa y la recuperación de su patrimonio nacional, poniéndolo a cubierto de cualquier móvil imperialista, y con el propósito de conseguir el mejoramiento económico y social de sus multitudes trabajadoras.

Al enfocar el objetivo de la Conferencia de La Habana, expresó Schnake, poco después de su término: "Los gobiernos de América en La Habana no hicieron otra cosa que reiterar su voluntad de mantener al Continente dentro de la paz y evitar que las situaciones de la guerra efectiva y material llegaran hasta nuestros propios países".

Al término de la Conferencia de La Habana, Schnake pasó a cumplir una delicada misión financiera en los EEUU, para estudiar con el gobierno de ese país las posibilidades de mejorar las posiciones económicas de Chile y obtener una ayuda sustancial para desarrollar su capacidad industrial. Las bases de su misión fueron tres: 1) Lograr la venta de los excedentes de materias primas, sobre todo de salitre; 2) Asegurar la estabilidad de la industria del cobre para impedir una disminución de su producción y la correspondiente cesantía de miles de trabajadores; 3) Obtener un crédito para el Banco Central u otra institución de Chile, a fin de cubrir el déficit existente.

Después de largos trajines consiguió la solución favorable de aquellos puntos. EEUU adquirió el sobrante de varios cientos de miles de toneladas de salitre; aseguró la estabilidad de la industria cuprífera y la promesa de encontrar nuevas ventas y de aumentar el consumo en Norteamérica en vista de sus planes de defensa; y el Banco de Importación y Exportación acordó un crédito por cinco millones de dólares para cubrir el déficit de divisas.

La gestión de Schnake originó los ataques de los fascistas y de sus aliados ocasionales porque habría significado la "entrega" al imperialismo yanqui. Pero, en verdad, únicamente constituyó un esfuerzo exitoso para asegurar un mercado firme a las exportaciones básicas de la economía del país, en el único

gran país con el cual Chile, a consecuencia de la guerra, podía comerciar y, a la vez, donde poder adquirir las maquinarias indispensables y demás elementos necesarios para su desarrollo industrial.

Por sobre las incomprensiones del momento, la gestión de Schnake en los EEUU consiguió salvar la amenaza de una grave crisis económica, como trágica consecuencia de la guerra mundial, en el país.

## **SCHNAKE Y LA POLITICA NACIONAL A FINES DE 1940**

El 15 de diciembre de 1940, Schnake pronunció su valiente discurso en el cual examinó detenidamente la experiencia mundial del movimiento obrero, señalando los desaciertos del reformismo de la II Internacional socialdemócrata y los fracasos y virajes del comunismo de la III Internacional; definió con precisión la causa del nacimiento del PS; sus claros perfiles revolucionarios, su profundo contenido nacional y su perspectiva americanista. El PS nació en Chile, como un partido popular orientado a organizar las masas trabajadoras con disciplina y responsabilidad, en defensa de sus intereses y los de la nación, a objeto de conducirlos al triunfo, a su emancipación económica y social y a la liberación del país.

El PS. repudió la gimnasia revolucionaria, la huelga por la huelga, la provocación torpe e inútil, realizadas en función de las órdenes de directivas foráneas, ajenas a los reales intereses de las clases trabajadoras chilenas; a cambio de dar al pueblo una nueva orientación, métodos de lucha eficaces, y una finalidad revolucionaria creadora, hasta implantar un régimen socialista, en el cual se armonizaran las transformaciones económicas, el desarrollo material, con el mantenimiento y ampliación de la libertad, en su exacto y verdadero significado.

En seguida, Schnake entró a analizar la quiebra práctica del Frente Popular, por las distintas posiciones internacionales del PS y del PC, desde el momento del pacto Molotov-von Ribbentrop, es decir, de la alianza entre Stalin e Hitler. El pacto nazi-soviético lo convenció de que el PC era capaz de actitudes un tanto confusas y le afirmó el sentimiento de la imposibilidad de entenderse con sinceridad con el PC, por cuanto cambiaba constantemente de política, según los vientos predominantes en la URSS. Desde 1932 a 1935, había atacado al socialismo chileno por suponerlo fascista y al servicio del imperialismo; desde agosto de 1935 hasta agosto de 1939, como campeón del Frente Popular, lo consideró “partido hermano”, reconociendo el error de sus anteriores tácticas, y señalándose como el más decidido enemigo de Hitler, (y en sus deseos de conjurar sus amenazas, desataron una táctica antifascista, en la cual englobaron hasta las capas “burguesas democráticas”). Repentinamente, en agosto de 1939, en los momentos de dirimirse de una vez para siempre la batalla contra el fascismo, la URSS se alió con él. De inmediato, el PC preconizó una política en armonía con la nueva posición soviética, por lo tanto en desacuerdo con los intereses del Gobierno popular. Desde ese instante el Frente Popular perdió su unidad, se extendió el desconcierto y la confusión en el seno de la clase obrera, y se desacreditó la política internacional del gobierno chileno. A lo largo de un año, el PS vio la dificultad insuperable de hacer caminar al Frente Popular por una definida línea antifascista, y, al mismo tiempo, de imponer las realizaciones económicas y la superación de la democracia, y el consiguiente mejoramiento de la situación de las masas trabajadoras; de lograr su efectivo bienestar.

Por las razones expuestas, Schnake en su discurso del 15 de diciembre de 1940, desnudó ante el país, ante las clases trabajadoras, la actitud del Partido Comunista y desligó al PS de la combinación de Frente Popular, llamando a los partidos democráticos a una nueva combinación genuinamente antifascista.

El Frente Popular quedó roto, y el llamado de Schnake no fue escuchado, por cuanto en esos momentos las agrupaciones políticas se encontraban preocupadas por las próximas elecciones parlamentarias de marzo de 1941.

El PS afrontó solo las elecciones de 1941, recibiendo el ataque sistemático de la Derecha, con plenas garantías del Gobierno, de la coalición radical-comunista, y la persecución enconada del Ministerio del Interior, hasta provocar la renuncia de los ministros socialistas en vista de los reiterados atropellos a los

funcionarios y candidatos socialistas. A pesar de aquellos factores adversos, los socialistas obtuvieron 80.000 votos, la segunda mayoría electoral.

### **SCHNAKE, CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA EN 1941**

En su discurso del 15 de diciembre, Schnake, vaticinó que el PC cambiaría su posición y volvería a hablar de unidad democrática antifascista, pues estimaba inevitable la agresión del nazismo a la URSS, a pesar de su pacto de ayuda mutua. Así ocurrió. En junio de 1941, Hitler invadió a la URSS, y, desde ese instante, el PC se transformó en aliado de la lucha antinazi en todo el mundo.

Este nuevo vuelco demostró la justeza de la posición internacional planteada por Schnake y el PS en esos instantes: defensa de la democracia, unidad de los pueblos americanos y cooperación con los Estados Unidos.

Su política internacional clara, sin ambigüedades, y su labor ministerial, colocaron a Schnake en una alta situación política. Asimismo, su permanente crítica a la falta de realizaciones de fondo y al predominio de una politiquería infecunda, en el campo de la Izquierda, lo hicieron aparecer como el principal hombre público de esos instantes. En su discurso del 4 de junio de 1941, al inaugurarse el 7º Congreso Ordinario del PS, analizando el Gobierno manifestaba: “La ciudadanía que eligió este régimen y la nación entera que lo acata, tienen derecho a exigir de los partidos de Gobierno un sentido constante de superación que, relegando al lugar que le corresponde las pequeñas diferencias y rencillas de baja politiquería, los una en el común propósito de poner su esfuerzo y su capacidad al servicio del país y del programa que el país espera ver realizado. La nación no acepta que le demos circo en vez de gobierno.

Agregaba concretamente que la actitud de los partidos de Gobierno daba “la impresión de no querer gobernar” y en las ocasiones más álgidas y exigentes producían “la sensación de incapacidad para gobernar.”

Las condiciones reveladas por Schnake como conductor de masas y estadista, impulsaron a los socialistas a levantar su nombre como candidato a la Presidencia de la República, cuando falleció don Pedro Aguirre Cerda. Aquel anhelo se materializó en el Congreso Extraordinario, celebrado en diciembre de 1941 en Santiago. El propio senador M. Grove, líder del PS, recogiendo los deseos y las esperanzas de los miembros del socialismo chileno, lo proclamó candidato presidencial del PS y de las fuerzas renovadoras nacionales.

En el acto de su proclamación, en el Teatro Caupolicán, el 21 de diciembre de 1941, leyó un magistral discurso, sobrio y profundo, sobre el significado de su candidatura y las líneas básicas de su programa. Schnake en ningún momento se manifestó conforme con su labor en el Ministerio de Fomento ni tampoco con las realizaciones del Gobierno durante los tres años. En varias oportunidades señaló que los problemas esenciales del país no habían sido abordados, que la politiquería siempre en aumento amenazaba malearlo todo; que el burocratismo, la inercia y la carencia de una voluntad creadora dinámica y audaz habían paralizado las energías vitales de la nacionalidad.

Indicó cómo las rotativas ministeriales, impulsadas por grupos políticos sin una concepción superior del bien colectivo ni compenetrados de la gravedad del momento histórico, habían impedido llevar a cabo una obra estructurada y positiva. En la misma forma, la carencia de homogeneidad de la combinación de Gobierno, la falta de un sentido y criterio uniformes para apreciar los problemas nacionales, a fin de planear las soluciones adecuadas, no habían permitido llevar a cabo ninguna política realizadora de trascendencia y de renovación. Por otra parte, la absoluta carencia de coordinación entre los diversos servicios administrativos malogró la resolución acertada y rápida de las numerosas iniciativas de algunos ministros capaces.

En resumen, la carencia de una política de ordenamiento y coordinación, la falta de unidad de propósitos y medios de acción de los partidos de Gobierno y las rotativas ministeriales, causaron una increíble

ineficacia en la acción gubernativa, y una grave desorganización política, abriéndose ancha puerta a la politiquería infecunda.

Tales hechos negativos no lo cegaban como para no ver la tarea positiva del Gobierno popular, a pesar de la tremenda herencia de injusticias, errores y desaciertos entregada por la Derecha después de largos años de incontrolado dominio. Expresaba Schnake: “El Gobierno, fría e imparcialmente juzgado, ha hecho hasta hoy mucho con mantener un régimen de libertades públicas, con haber creado confianza y haber obtenido el acatamiento consciente de toda la nación, con haber trazado las líneas generales de una política de defensa de la raza y defensa nacional, con haber trazado los fundamentos de una política de defensa de nuestras riquezas y fomento de nuestra producción y haber estimulado un mejoramiento en las rentas de los asalariados en general. Pero con todo, hay mucho por hacer, y las circunstancias mundiales nos enfrentan cada día a problemas nuevos y a una urgente tarea de previsión del futuro”.

Aparte de las miserias e injusticias existentes como resultado del régimen feudo-capitalista imperante, la guerra vino a desorganizar la producción agrícola, minera e industrial del país; numerosos mercados de exportación se cerraron, originando una causa segura de cesantía y miseria, de pobreza general, si no se reemplazaban por otros. Asimismo era necesario asegurar los mercados de importación para disponer de los abastecimientos indispensables para las industrias, (maquinarias, repuestos, combustibles, etc.). La carencia de algunas materias primas podía paralizar diversas manufacturas como igualmente se podía producir una semiparalización de la construcción, crisis en los ferrocarriles y en la industria metalúrgica. Muy poco se lograría resolver de los graves problemas nacionales más los derivados del conflicto mundial, “si no fijamos la posición de nuestros espíritus y nuestro trabajo común, como nación organizada, en esta revolución mundial que crece en las entrañas de la brutal tragedia de la guerra... En nuestras Repúblicas, la urgente necesidad de sobrevivir, de mantener la producción, las exportaciones e importaciones, es la que exige una política de intervención del Estado para obtener condiciones favorables en los mercados internacionales y asegurar el abastecimiento nacional del país, y como natural consecuencia exige, también, la intervención del gobierno en la organización de nuestra producción y en el rendimiento del trabajo. La suprema obligación de defenderse y vivir como nación organizada, es la que crea nuevas modalidades de relación económica entre los países y crea nuevas relaciones económico-sociales entre los factores que producen la riqueza en cada país”.

A continuación planteaba su concepción de fondo: “La carestía de la vida siempre en aumento, las interrupciones en el trabajo, las paralizaciones ocasionales de la industria, la inseguridad en el pan de mañana, la incertidumbre de los capitales, los campesinos botados a lo largo de los caminos, los niños y madres abandonados, la falta de explotación de muchas riquezas aún vírgenes, son problemas que podrán ser resueltos o mitigados si superamos el actual régimen de democracia individualista —sin coordinación ni organización— por un régimen de democracia social y economía dirigida, basado en el deber que todos tienen de servir al país”.

## **ECONOMIA DIRIGIDA Y DEMOCRACIA SOCIAL**

La finalidad de la planificación económica era someter toda la economía nacional a un plan de conjunto, para poner término al caos actual y, a la vez, provocar un aumento apreciable de la producción, con el fin de mejorar las condiciones de vida de las masas obreras y elevar su estándar de vida; sacar al campesinado de su postración material y moral; y poner límite a la carestía de la vida.

La economía dirigida suponía terminar con la incontrolada libertad de los capitalistas para la inversión y explotación de sus capitales, la limitación de las grandes utilidades, el control de los monopolios y la eliminación de los especuladores; y, por todo lo expresado, tendía al mejoramiento de los salarios y al abaratamiento de la vida. La economía dirigida tenía por objeto poner fin a las injusticias irritantes y a los privilegios abusivos del régimen liberal-capitalista y destruir las supervivencias feudales, para crear un cambio, una economía renovada y orientada fundamentalmente al mayor bienestar de la colectividad.

A este nuevo régimen de economía dirigida correspondía, lógicamente, un nuevo sistema de democracia social, de democracia dirigida, en la cual los derechos del ciudadano llegasen hasta donde no lesionen el bienestar general de la comunidad de la nación. La aplicación de una economía dirigida exigía el desaparecimiento de la democracia individualista, para dar paso a un gobierno democrático fuerte y animado de un profundo sentido social, mirando esencialmente a una organización económica moderna, más justa y racional.

La democracia social impediría los males que hundieron a los gobiernos democráticos tradicionales, porque haría posible la eliminación de la politiquería, del caudillismo, de la inmoralidad y de todas las demás lacras, causantes de su esterilidad y pretexto para la actividad y programa del fascismo. En Chile, el imperio de un régimen democrático individualista produjo el desgobierno, la pérdida de la autoridad ejecutiva, la carencia de labor realizadora de proyecciones, la corrupción burocrática y la degradación caudillista; originó una separación profunda entre la política y la moral dando curso a una permanente desmoralización política.

La democracia social daría un ritmo creador poderoso al régimen democrático; le insuflaría aliento y vitalidad, poderío y dureza, poniendo término a las injusticias y a los abusos odiosos, y permitiendo una mejor distribución de la riqueza; sin caer en la dictadura oprobiosa, sojuzgadora de la dignidad y personalidad humanas, ordenaría y coordinaría la producción y el trabajo de la nación e impediría el establecimiento de un sistema tiránico, destructor de las libertades públicas. La democracia social estimularía el desarrollo de los organismos de clase de las masas obreras, partidos revolucionarios, sindicatos, cooperativas, establecimientos culturales, y, a la vez, desarrollaría la productividad nacional. Su instalación sería conveniente para el proceso normal de avance de la sociedad: de una parte, suprimiría los defectos y vicios tradicionales del individualismo, y de otra, alejaría la amenaza del fascismo; pero, al mismo tiempo, exigiría la constitución de partidos políticos fuertes, disciplinados, responsables, y de honda raigambre nacional, con absoluta eliminación de los intereses personales, de círculos, y la exaltación, en cambio, de los grandes anhelos de la colectividad y de las aspiraciones del pueblo. Finalmente, un régimen de democracia social no podría dar amparo a quienes dedican toda su actividad a socavar las bases del gobierno para implantar la tiranía fascista; y debía extinguir las quintas columnas y los emboscados enemigos de la democracia.

La democracia social permitiría la planificación de todas las actividades económicas del país, la organización material y espiritual de la nación, y la defensa de los derechos esenciales del hombre. Schnake expresó que “los dictadores vienen cuando los pueblos no saben organizarse ni defenderse a tiempo”. En Chile y América esa organización y esa defensa sólo las daría un régimen de economía dirigida y de democracia social.

Un sistema económico y político como el esbozado por Schnake en aquel crucial año de 1941 significaba al mismo tiempo mantener una posición internacional consecuente. En primer término, impulsar la unificación del Continente, echando las bases de una efectiva y amplia cooperación económica y política entre todos sus países. En segundo lugar, eliminar radicalmente todos los litigios pendientes para afirmar la armonía y la confianza. Y, por último, establecer la adhesión y práctica severas y sinceras a un sistema democrático. Sólo así América llegaría a ser un Continente de paz, de libertad, de bienestar y de justicia, señalando a la humanidad la finalidad para prosperar y hacer digna la existencia humana.

Schnake sintetizó su posición en vibrantes frases: “¡Soy chileno y latinoamericano! Y en medio de esta vorágine de odios, de destrucción y de pasiones, creo que debemos emplear todas las potencias de nuestro espíritu y todas nuestras fuerzas para dar término a la tarea que iniciaron los libertadores de nuestro Continente, haciendo de cada uno de nuestros pequeños países, naciones grandes en su desarrollo industrial, minero, agrícola y comercial, grandes por el trabajo, por la justicia y por la libertad, que sepamos crear y hacer respetar, grandes por la unión de los Estados Unidos de Indoamérica. Y entonces, sólo entonces, nuestro Continente podrá alzarse libre, independiente y soberano y gritar al mundo viejo, desangrado por la conquista y la destrucción una inmensa palabra de fraternidad y de paz. He aquí nuestra tarea. He aquí vuestra tarea, trabajadores de Chile y América”.

La candidatura de Schnake no prosperó; por exigencias de la unidad democrática la retiró para apoyar la del personero del Partido Radical, Juan Antonio Ríos, quien triunfó sobre Carlos Ibáñez del Campo, abanderado de la Derecha y de los simpatizantes de las potencias fascistas, en las elecciones de comienzos de 1942. Schnake fue Ministro en el Gobierno de Ríos durante algunos meses y, luego, abandonó el país como Embajador de Chile en México y, a continuación, en Francia. Al ingresar a la diplomacia, se alejó definitivamente de la política interna y de la dirección del socialismo. Cuando, por influencias de los intereses de las nuevas administraciones, tuvo que retirarse de la diplomacia se incorporó como técnico a los organismos internacionales de desarrollo económico constituidos a consecuencia de la actividad de las Naciones Unidas, en los cuales todavía trabaja.

La intensa acción socialista de Schnake abarcó el decenio de 1931-1941, y, entonces, se destacó como el más calificado y más influyente conductor del PS, y no es equivocado afirmar su decisiva gravitación en las virtudes y en los éxitos, y, asimismo, en los defectos y fracasos del joven conglomerado político. Al examinar los primeros años de vida del PS, no es posible trazar su historia sin enfocar con detenimiento la poderosa y brillante personalidad de Oscar Schnake Vergara.